

La emancipación como resistencia

Esfera pública y sujetos emergentes en *Teoría de la Acción Comunicativa* de Jürgen Habermas

Javier Gil. Universidad de Oviedo (España)

Resumen

En *Theorie des kommunikativen Handelns*, Habermas elabora un argumento sociológico que acentúa la persistencia de las mediatizaciones sistémicas y las perturbaciones internas en las esferas públicas y privadas de los mundos de la vida modernos, así como la fragmentación de la conciencia cotidiana y el empobrecimiento cultural de la práctica cotidiana. Pero el argumento también plantea el esquema general de una ‘división social de poderes’ en torno al equilibrio conflictivo entre tres fuentes de la integración social (el dinero, el poder y la solidaridad). El artículo sostiene que si se compara ese marco teórico tripartito con el marco dualista ofrecido unos veinte años antes en *Strukturwandel der Öffentlichkeit*, se constata una decisiva divergencia en el ‘desplazamiento político desde el sistema de las necesidades al sistema de las instituciones’. En dicho desplazamiento se visualizan nuevos agentes colectivos como portadores de una ‘nueva política’ que emerge desde los ámbitos privados del mundo de la vida y que se manifiesta en los ámbitos descentralizados de la esfera pública. Esa perspectiva de los ‘potenciales de protesta y repliegue’ de los ‘nuevos movimientos sociales’ se condensa en el lema habermasiano de que la *emancipación se ha tornado resistencia*. Junto con tal ensanche en la base institucional, el desplazamiento político lleva a reconsiderar el tipo de funciones políticas de la esfera pública en las sociedades contemporáneas marcadas por la crisis del Estado del bienestar.

Palabras clave: Habermas, esfera pública, Estado social, nuevos movimientos sociales, solidaridad.

Abstract

Emancipation as resistance. Public sphere and emerging subjects in *The Theory of Communicative Action* of Jürgen Habermas

The *Theorie des kommunikativen Handelns* presents a sociological argument that emphasizes the persistence of systemic mediatizations and internal disturbances in the public and private spheres of the modern lifeworlds, as well as the fragmentation of everyday consciousness and the cultural impoverishment of daily communicative practice. But the argument also raises the general scheme of a ‘social division of powers’ and the conflictual balance between the three ‘sources of social integration’ (money, power and solidarity). The paper argues that, if one compares this theoretical framework with the dualist framework presented some twenty years earlier in *Strukturwandel der Öffentlichkeit*, a decisive divergence is observed in the ‘political displacement from the system of needs to the system of institutions’. In this displacement, new collective agents are seen as bearers of a ‘new policy’ that emerges from the private spheres of the lifeworld and makes an appearance in the decentralized public spheres. This perspective of the ‘protest and withdrawal potentials’ of the ‘new social movements’ is condensed in the expression ‘emancipation becomes resistance’. Along with such widening in the institutional base, political displacement leads to reconsidering the political functions of the public sphere in contemporary societies marked by the crisis of the welfare state.

Key words: Habermas, public sphere, welfare state, new social movements, solidarity.

eikasía

La emancipación como resistencia

Esfera pública y sujetos emergentes en *Teoría de la Acción Comunicativa* de Jürgen Habermas

Javier Gil. Universidad de Oviedo

Introducción

En *Theorie des kommunikativen Handelns* (en adelante: *TkH*), Jürgen Habermas reelabora el tema weberiano y francfortiano de la 'ironía de la modernidad' en clave sociológica de un desplazamiento desde el 'sistema de las necesidades' al 'sistema de las instituciones'¹. De acuerdo con el argumento habermasiano, la integración sistémica, si bien necesaria y productiva para el desarrollo material y para las organizaciones formales de las sociedades modernas, no hace sino promover con el tiempo la hegemonía de los medios deslingüistizados del poder y del dinero, que a la postre substituyen a los mecanismos de entendimiento en sus funciones de integración y coordinación dentro de los ámbitos de acción estructurados sobre la base de las tramas de las interacciones comunicativas. Cuando los sistemas económico y político interfieren de esta guisa en los procesos de los mundos de la vida, devastan los potenciales autónomos de éstos y repercuten en fenómenos de cosificación. Junto con la monetarización y la burocratización, las tendencias a la juridización someten los órdenes sociales modernos a imperativos sistémicos y

¹ Javier Gil desea hacer constar el apoyo recibido de parte del Proyecto de Investigación *Esfera Pública y Sujetos Emergentes* (FFI2016-75603-R, AEI/FEDER, UE), financiado por el Ministerio de Economía y Competitividad. Quiere igualmente indicar que, en relación con los textos de Habermas, siempre que dispone del original en alemán consulta, cita y traduce directamente del mismo y, cuando consulta además la edición de la traducción castellana correspondiente, separa las paginaciones de la misma mediante una barra. Por lo demás, las comillas "dobles" enmarcan las citas y las comillas 'enfáticas' se utilizan para resaltar términos o giros que se considerean relevantes.

trastornan la lógica específica de los procesos de reproducción cultural, de cohesión social y de socialización.

Ese argumento sociológico acentúa así la persistencia de las mediatizaciones sistémicas y por ende las perturbaciones internas en las esferas públicas y de las esferas privadas de los mundos de la vida modernos, así como la fragmentación de la conciencia cotidiana y el empobrecimiento cultural de la práctica cotidiana. Pero el argumento de *TkH* también plantea el esquema general de una 'división social de poderes' en torno al equilibrio conflictivo entre las 'fuentes de la integración social'. Aparte de la integración sistémica por parte del mercado y por parte de la administración estatal mediante sus respectivos medios de regulación (el dinero y el poder), la comunicación en torno a valores, normas, fines y hechos constituye un tercer recurso, más fundamental que los anteriores, para la integración de las sociedades. *TkH* habla preferentemente de 'entendimiento'; en obras posteriores, Habermas resalta el concepto sociológico de la 'solidaridad' o el giro 'fuerza productiva de la comunicación' para referirse a ese recurso elemental de "la acción comunicativa cotidiana, las rutinas del entendimiento, la tácita orientación por normas y valores, las discusiones más o menos discursivas en la esfera pública" (Habermas 1995: 97 / 1997: 114).

26

Mayo
junio
2019

En este artículo sostengo que si se compara ese marco teórico tripartito con el marco dualista ofrecido unos veinte años antes en *Strukturwandel der Öffentlichkeit* (en adelante: *SÖ*), se constata una decisiva divergencia en el 'desplazamiento político' desde el sistema de las necesidades al sistema de las instituciones. A ello se dedica la primera parte del artículo, en el que analizo las implicaciones del modelo de relaciones de intercambio entre el sistema y el mundo de la vida. En la segunda parte muestro que dicho desplazamiento, tal como es avanzado en *TkH*, visualiza nuevos agentes colectivos como portadores de una 'nueva política' que emerge desde los ámbitos privados del mundo de la vida y se manifiesta en los ámbitos descentralizados de la esfera pública. Esa perspectiva de los 'potenciales de protesta y repliegue' de los -por entonces denominados- 'nuevos movimientos sociales' se condensa en el lema habermasiano de que la *emancipación se ha tornado resistencia*. Junto con tal ensanche de la base institucional societaria, el citado desplazamiento político lleva a reconsiderar igualmente el tipo de funciones políticas de la esfera

pública en las sociedades contemporáneas marcadas por la crisis del Estado del bienestar, aspecto este en el que se centra la tercera y última parte del artículo.

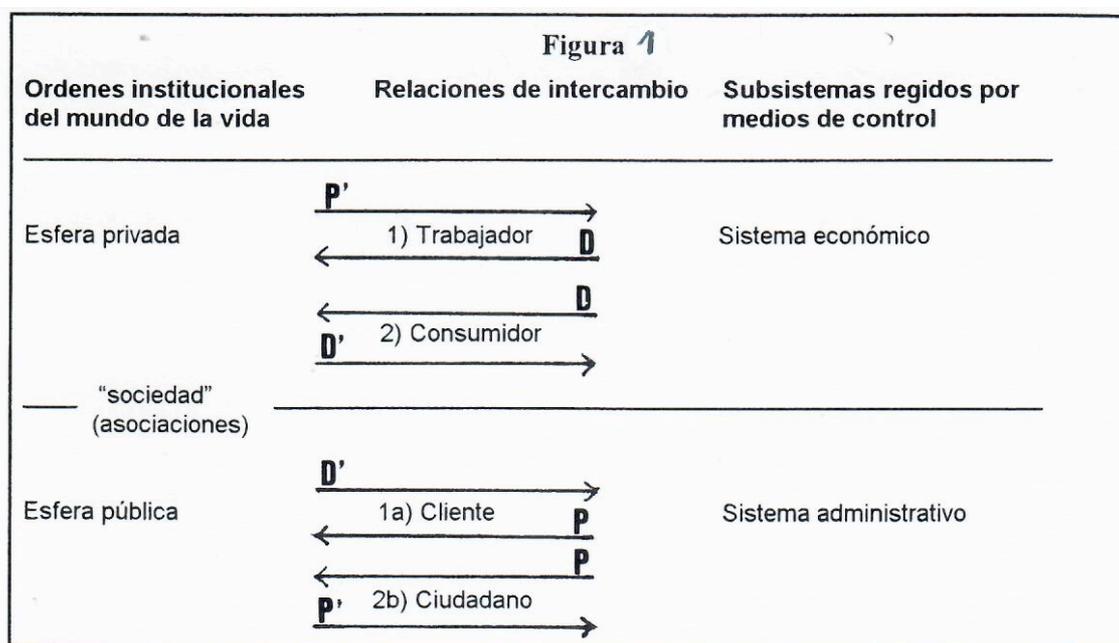
1. El modelo de las relaciones de intercambio: entre el mundo de la vida racionalizado y la colonización sistémica

TkH introduce el modelo de relaciones de intercambio entre sistema y mundo de la vida en el contexto de la discusión del diagnóstico de Max Weber sobre la modernidad y lo perfila después en el contexto de la discusión con la teoría marxista por referencia al Estado social del bienestar. Los apartados 1.1. y 1.2. se demoran en ambas discusiones. Con ellas se abre paso un concepto dual de lo político que comporta una evaluación retrospectiva de la ambivalencia de la esfera pública en la utopía racional de la Ilustración y una evaluación final de la ambivalencia de la esfera pública postliberal en las sociedades de masas. En el apartado 1.3. sostengo además que, en contraste con el análisis y el diagnóstico análogos del argumento histórico ofrecido dos décadas antes en *SÖ*, esas evaluaciones de orden sociológico se enmarcan dentro de un esquema tripartito de la división social de poderes que pone en perspectiva una ulterior racionalización de lo político desde los enclaves del sistema institucional del mundo de la vida.

1.1. Habermas expone el modelo de las 'relaciones de intercambio desde la perspectiva del sistema' (Figura 1) al tenor de su discusión del 'diagnóstico weberiano del presente'. En ese contexto da a entender que asume lo que en *SÖ* analizó como "la estructura social de la sociedad burguesa" a la luz de lo que ahora conceptúa como mundo de la vida racionalizado y defiende que dicho modelo permite señalar los límites entre sistema y mundo de la vida en las sociedades modernas y detectar "el umbral en que la mediatización del mundo de la vida se trueca en una colonización"².

² Véase el apartado «Colonización del mundo de la vida: reasunción del diagnóstico weberiano de nuestro tiempo» (Habermas, 1981, Bd. 2, pp. 470-488 / 1987, vol. 2, pp. 451-469; las citas dentro del párrafo proceden de las pp. 472 n.16 y 471 / pp. 452 n.16 y 451). Las razones por las que modifiqué la Figura 1 (tomada de la p. 473 / p. 454) pasarán a un primer plano más adelante.

Conviene tener en cuenta que este gráfico da por supuesto que existe tanto una intercomunicación de las esferas pública y privada en el mundo de la vida racionalizado cuanto un reacomplamiento de los subsistemas que se habían desacoplado del mundo de la vida (1.1.1.). El modelo de intercambios se aplica a las modernas sociedades capitalistas en base a dos criterios: dado que la perspectiva sistémica se sobrepone a la mundana y contempla el derecho como medio de organización institucional, los intercambios y roles sociales se especifican con arreglo a la mediatización de las esferas pública y privada, definidas como entornos sistémicos, y con arreglo a la ligadura de éstas a organizaciones sistémicas públicas y privadas (1.1.2.). Una vez que la traducción del diagnóstico weberiano del presente se vale del modelo de intercambios para indicar el paso desde la mediatización a la colonización, la reconsideración de la paradoja de la modernidad entronca en la racionalización del mundo de la vida la doble tendencia de la cosificación sistémica y de la utopía racional de las sociedades modernas (1.1.3.).



1.1.1. La Figura 1 separa a los 'subsistemas regidos por medios' de los 'órdenes institucionales del mundo de la vida' y muestra que en esos dos planos de la

sociedad existen sendas dicotomías de lo público y lo privado³. El esquema abre una franja intermedia de las relaciones de intercambio que conectan en paralelo ámbitos de acción con distintos principios de integración social: mientras que el sistema económico intercambia con la esfera privada salario por trabajo y responde a las demandas de consumo con bienes y servicios, el sistema administrativo intercambia con la esfera pública rendimientos organizativos por impuestos y responde a la lealtad popular con decisiones políticas. Las ocho relaciones discurren a través de los dos medios de control (el dinero y el poder) y cuentan con cuatro roles típicos y conductivos: el trabajador y el consumidor en la esfera privada, el cliente y el ciudadano en la pública.

Habermas apunta dos precisiones sobre el gráfico. En primer lugar, los cuatro canales relacionales se obtienen desde la perspectiva de los subsistemas y se entablan como un intercambio con el mundo de la vida. Se obtienen desde la perspectiva sistémica porque las relaciones se vehiculan con los medios de control, que son los que regulan los subsistemas y no los ámbitos estructurados comunicativamente; y se entablan como cuatro canalizaciones con estas esferas del mundo de la vida porque distancian a éstas a modo de entornos respectivos de los subsistemas y es en ellas donde cristalizan los roles sociales desde la perspectiva de los participantes. En segundo lugar, el gráfico pasa por alto las relaciones de intercambio entre las propias esferas del mundo de la vida y las que mantienen entre sí los subsistemas. No obstante, el esquema requiere de los enlaces entre los ámbitos comunicativos y de la realimentación funcional entre los ámbitos sistémicos. De lo contrario, por ejemplo, no tendría apoyo el estatuto del ciudadano como persona jurídica formada en la esfera privada ni circularían la entrada de la fuerza de trabajo en el subsistema económico a través del medio poder ni la entrada de los impuestos en el subsistema político a través del medio dinero. De hecho, Habermas asume la interconexión de las esferas pública y privada dentro de la estructura institucional de la sociedad burguesa y afirma en varios lugares que su diseño del modelo le protege de una interpretación economicista estrecha porque presta atención a la interacción del Estado y la economía. Conviene, pues, remarcar algunos trazos de sus delineaciones

³ Para la explicación del gráfico y las precisiones que siguen en el párrafo, véase Habermas, 1981, Bd. 2, pp. 472-473, 503-505, 523, 564, 581 / 1987, vol. 2, pp. 452-453, 483-485, 503, 544, 560.

sociológicas de las sendas históricas en las que coexisten las respectivas sedes institucionales y relaciones de complementariedad de los ámbitos de acción integrados socialmente y de los que han quedado integrados sistémicamente.

El argumento de *TkH* distingue la racionalización del mundo de la vida como una diferenciación estructural de los ámbitos de acción integrados socialmente y la racionalización de los subsistemas sociales como un creciente aumento de complejidad de los ámbitos de acción integrados sistémicamente. La reestructuración evolutiva del mundo de la vida es un proceso que, iniciado con la liquidación institucional de la verbalización de lo sacro, obra sobre la comunicación cotidiana a través de la diferenciación de las formas de la reproducción cultural, la integración social y la socialización. El mantenimiento y crecimiento de los sistemas es un proceso que se solapa con el anterior y alcanza un nivel evolutivo de segundo orden cuando el desacoplamiento con respecto al mundo de la vida hace posible que las organizaciones empresariales y administrativas reestructuren los órdenes institucionales que las precedieron en las sociedades tradicionales y estamentales de Occidente.

El Estado y la economía modernas se diferenciaron y desgajaron del sistema institucional o componente social del mundo de la vida⁴. Surgen entonces los ámbitos sistémicos que asumen en las sociedades modernas relaciones de complementariedad funcional sobre la base de sus respectivos modos de organización. Habermas conviene con Weber en que el núcleo institucional del sistema económico es el tipo de organización mercantil de la empresa capitalista y el del sistema político es el tipo de organización burocrática del moderno aparato administrativo⁵. Conviene con Luhmann en que, en contraste con el modo de organización del Estado tradicional que aún define a sus miembros, configura sus programas de actuación y recluta su personal con criterios clasistas respaldados por la eticidad de las sociedades estratificadas, las empresas capitalistas y los institutos estatales son formas autónomas de organización que practican un 'principio de membresía voluntaria', con el que constituyen el estatuto de sus miembros

⁴ Véase por ejemplo Habermas, 1981, Bd. 2, pp. 455, 471 / 1987, vol. 2, pp. 435-436, 452.

⁵ Véase por ejemplo Habermas, 1981, Bd. 1, pp. 226-227 / 1987, vol. 1, pp. 214-215; y Habermas, 1981, Bd. 2, pp. 256-257, 462-463, 453, 465-466/ 1987, vol. 2, pp. 242-243, 433, 443, 446.

independizándoles de marcas adscriptivas y sujetándoles a cláusulas de obediencia interna⁶. Gracias a esas condiciones impuestas que los miembros han de reconocer de manera generalizada y aceptar en bloque, la empresa capitalista y el instituto estatal pueden neutralizar la idiosincrasia de sus miembros en tanto que personas con orientaciones de valor o motivaciones de acción concretas. Pueden, por ejemplo, expropiarles a efectos funcionales el sentido subjetivo de sus acciones y sincronizarlas en aras de los fines constitutivos que son la generación de riqueza y el logro de objetivos colectivos. Pues, incluso si sus miembros no comparten a título individual dichos objetivos o son indiferentes u hostiles a ellos, sólo reciben los beneficios de su condición orgánica de miembros porque contribuyen a tales fines desde el punto de vista objetivo, no intencional, de sus acciones. De ahí que la autonomía de tales organizaciones se caracterice además por una 'peculiar indiferencia' hacia lo que no sean aportes funcionales a su forma de regulación y a sus fines constitutivos. La norma de la inclusión orgánica y la capacidad de desmarcarse o deslindarse y a la par neutralizar dotan a dichas organizaciones de una notable flexibilidad hacia dentro y de una creciente independencia hacia fuera, posibilitando así la delimitación a modo de entorno sistémico de las vidas privadas de todos los miembros de la organización y también de los espacios públicos y privados de quienes no están ligados orgánicamente por su estatuto legal a los marcos de la organización.

Las relaciones funcionales de complementariedad mediante las que se estabilizan el Estado y la economía se explican por la especificación de las funciones de control, antes acumuladas en el Estado tradicional como forma de organización que concentraba la acción colectiva y estructuraba al conjunto de la sociedad⁷. En la economía capitalista, las organizaciones empresariales asumen funciones despolitizadas y se dedican a actividades productivas a través de los mercados. Esta

⁶ Sobre la doble orientación organizativa, la que redundaba en la flexibilidad interna mediante la norma de inclusión orgánica y la que alcanza la autonomización mediante el deslinde y la liberación de cargas normativas, véase especialmente Habermas, 1981, Bd. 2, pp. 256-257, 453, 456 / 1987, vol. 2, pp. 242-243, 433, 436-437.

⁷ Para lo que sigue, véase Habermas, 1981, Bd. 2, pp. 247, 255-257, 399-400, 453, 462-463, 465-466 / 1987, vol. 2, pp. 233-234, 241-243, 381.382, 433, 443, 446; Habermas, 1985, 406-407 / 1989, pp. 413-414; y Habermas, 1986, p. 385.

forma de producción está descentralizada y viene regulada de manera apolítica. Pero logra implementar su dinámica una vez que la forma de dominación del Estado territorial moderno asegura "el orden burgués del derecho privado y con ello la institucionalización del medio dinero y, en general, las condiciones de existencia de un proceso económico despolitizado, liberado de cargas normativas y orientaciones por valores de uso, y destinado a mercados del orden de magnitud del territorio estatal". El aparato estatal moderno no se dedica a actividades económicas productivas, sino a operaciones de ordenación. Pero, como para cumplir esas funciones políticas de planificación, control y gestión ha de obtener sus recursos de los ingresos privados, organiza y asegura el tráfico jurídico entre los particulares que son portadores del proceso productivo. Se intercambian así reglamentaciones (a través del medio poder) por ingresos (a través del medio dinero).

Las esferas pública y privada se formaron en las sociedades modernas por reacción al desacoplamiento y a la dinámica de los ámbitos sistémicos y, como mostrara *SÖ*, el estudio socio-histórico sobre la esfera pública publicado en 1962, adquieren entonces estructuras institucionales específicas y guardan relaciones de complementariedad⁸. Entre las instituciones de la esfera privada Habermas cita las relaciones de vecindad y las asociaciones libres, pero considera que su núcleo institucional "lo forma la familia nuclear liberada de funciones económicas y especializada en tareas de socialización". De nuevo como en *SÖ*, señala que "el núcleo institucional de la esfera pública lo constituyen las redes de comunicación reforzadas por la empresa cultural, la prensa y después los medios de comunicación de masas" y que tales redes hicieron posible que el público compuesto de personas privadas se agrupara en torno al disfrute del arte y participara en la reproducción de la cultura y que los ciudadanos convocados como público de un territorio nacional, afiliados a partidos políticos o colaborando en asociaciones, participara en la integración social mediada por la opinión pública. La familia burguesa ampara la nueva esfera de la intimidad que se despliega en una cultura de la reflexión y de la sentimentalidad que cambia las condiciones de la socialización y, a su vez, la reunión de las personas privadas compone la nueva esfera pública y política que se despliega

⁸ Véase especialmente Habermas, 1981, Bd. 1, p. 457 / 1987, vol. 1, p. 435; Habermas, 1981, Bd. 2, pp. 458, 471-472 / 1987, vol. 2, pp. 439, 452, de donde provienen los entrecomillados dentro del párrafo.

en una cultura de la crítica permanente que con el tiempo cambia las condiciones de la legitimación. Pese a su dependencia económica, la esfera privada no se identifica con la organización empresarial; la familia nuclear está liberada de las funciones económicas de la gestión de recursos materiales orientada a la acumulación y la ganancia y de la producción masiva de bienes y servicios. No obstante su ocupación con la crítica política, tampoco la esfera pública se equipara a la organización estatal; sus redes comunicativas están liberadas de las funciones políticas de la gestión de recursos estatales y la toma de decisiones. Antes bien, esos ámbitos de acción dotados de instituciones específicas se entrecruzan con los componentes sociológicos del mundo de la vida e intervienen en los procesos de la reproducción simbólica de la sociedad: la familia en los procesos de socialización, la esfera pública cultural en los procesos de reproducción cultural y la esfera pública política en los de la integración social.

La complementariedad se explica por ese enlace con los componentes en los que se articulan los procesos de la reproducción simbólica. Los individuos de la esfera pública provienen de la privada, donde han forjado su identidad personal; la esfera privada se abastece de las contribuciones de la esfera pública, donde los individuos socializados que se apropian de la cultura configuran una identidad social. La institución familiar arroja las condiciones de intimidad y soledad en las que puede surgir la reflexión personal necesaria para el cultivo de la identidad personal. Las instituciones de la esfera pública procuran las condiciones del diálogo social necesario para recuperar, criticar o generar los valores compartidos y los intereses con los que se cultivan tanto las orientaciones de sentido que intervienen en la reproducción cultural como las formas de identidad social que intervienen en la integración social. Esa complementariedad articula también la percepción de perturbaciones en la reproducción simbólica, para lo cual Habermas se ayuda de una relectura del tópico de resonancias psicoanalíticas del 'extraño interior'. Merced a sus estructuras comunicativas interconectadas, conductoras del juicio individualizado y de la crítica colectiva, las esferas pública y privada se convierten entonces en la 'caja de resonancia' o en los 'sensores' de las experiencias de crisis dentro del mundo de la vida. Por poner un ejemplo, de igual modo que tuvo que haber una expresión pública de las experiencias de menoscabo sufridas primero y ante todo en la esfera

privada⁹, la problematización de las herencias culturales y de los asuntos públicos activó a su vez expresiones postradicionales de la experiencia de comprenderse a sí mismo de manera personalizada.

1.1.2. Desde la perspectiva de la racionalización del mundo de la vida, la implantación de los derechos subjetivos privados y su progresiva derivación en derechos políticos fueron indispensables en el proceso de configuración de las esferas pública y privada. Pero el modelo de relaciones de intercambio prioriza la perspectiva sistémica en la que los ámbitos de los mundos de la vida son segregados como 'entornos' de las esferas de acción 'organizadas formalmente'. Tal perspectiva emplea dos criterios para analizar los intercambios canalizados por los medios de control entre las esferas de acción y para tipificar los roles institucionalizados dentro del mundo de la vida. Esos criterios apuntalan la idea de que en las sociedades modernas las esferas sistémicas inducen, mediante procesos de 'abstracción real', la 'mediatización' de las esferas mundanas o componentes sociales en que están

⁹ Véase la aclaración sobre el panfleto en los sectores plebeyos en Habermas, 1985b, p. 190-191 / 1987, p. 159-160.

Según Habermas, una experiencia elemental de los modernos fue la percepción que los miembros de los mundos de la vida adquieren del '(territorio) extranjero interior' (*das innere Ausland*), de un territorio ajeno en la tierra propia, de la presencia de un extraño en la intimidad del yo o en el seno de la sociedad. El tema se presenta con claridad en un comentario a lo que *TkH* describe como desacoplamiento de sistema y mundo de la vida: "Las percepciones abiertas con las delimitaciones específicas de los subsistemas aparecen sobre todo en las sociedades modernas. El discurso filosófico de la modernidad documenta cómo, en la Europa del siglo XVIII, el desacoplamiento de sistema y mundo de la vida se interpretó dentro de los mundos de la vida modernos como una escisión y cosificación de formas de vida tradicionales. Hegel reaccionó a eso con el concepto de lo 'positivo' y con la representación de una totalidad desgarrada de la eticidad. Marx lo unió más específicamente al trabajo industrial alienado y al antagonismo entre clases y habló de 'abstracción real'. La teoría de la sociedad (desde Marx, pasando por Spencer y Durkheim, a Simmel, Weber y Lukács) sólo se puede entender en sus motivos esenciales como respuesta a esta inmigración de los límites sistema/entorno en la propia sociedad, al surgimiento de este 'extranjero interno' entendido como rúbrica de la modernidad; una expresión que Freud acuñó para el inconsciente individual, para el 'ello' en la persona" (Habermas, 1986, pp. 384-385; en términos parecidos, Habermas, 1985, p. 407 / 1989, p. 414 y Habermas, 1988, p. 104 / 1990, p. 107). Los 'dolorosos fenómenos de reificación' en el medio sociocultural y la vida cotidiana, o sea, las 'patologías del mundo de la vida sistémicamente inducidas', son identificados mediante la experiencia de extrañamiento que sobreviene una vez que se han coagulado los subsistemas en una segunda naturaleza que discurre de modo casi automático. Esa experiencia -señala la cita- constituye el acicate de la tradición sociológica de la teoría de la sociedad en su conjunto y la chispa que inflama el discurso filosófico de los modernos. Véase también, a este respecto, Habermas 1991, p. 167 / 1996, p. 186.

anclados los medios de control¹⁰. Pues los ámbitos sistémicos, reacoplados al sistema institucional del mundo de la vida mediante el anclaje institucional del derecho positivo, no sólo siguen su dinámica específica y tecnifican el mundo de la vida, en el sentido de que descargan a los mecanismos de coordinación de la acción dependientes del entendimiento de sus riesgos e insolvencias en las tareas de la reproducción material. Su formidable capacidad para solucionar estas tareas y para pervivir mediante la funcionalidad de su refuerzo mutuo también mediatiza el mundo de la vida conforme los ámbitos comunicativos, configurados como esferas públicas y privadas en respuesta a ellos y especializados de suyo en tareas de reproducción simbólica, se ven forzados a adaptarse en sus intercambios a los medios de control sistémico y sufren con ello una alteración de sus estructuras comunicativas.

El primer criterio establece la correlación de los ámbitos de acción públicos y la correlación de los ámbitos privados. Presupone la autarquía orgánica y el deslinde neutralizador con que las organizaciones definen sus entornos¹¹. Las organizaciones privadas capturan la esfera de la vida privada como su entorno de la economía doméstica, y las organizaciones públicas hacen lo propio con la esfera de la opinión pública en tanto que entorno suministrador de legitimación. Logran tal distanciamiento selectivo por su alto grado de flexibilidad en el interior, al practicar el principio orgánico de membrecía voluntaria, y su algo grado de autonomía hacia el exterior, al blindarse frente a los contextos del mundo de la vida. La norma de la inclusión orgánica establece el estatuto de miembro de la organización; define las condiciones de cooperación entre empresarios y trabajadores o entre cargos jerárquicos. La desafección hacia las orientaciones valorativas y disposiciones de acción de sus miembros libera a la organización de cargas normativas externas; las organizaciones autorreguladas y autonomizadas desplazan así a las personas privadas al entorno de la organización, donde las integran como sus propios miembros. Ahora bien, la empresa capitalista disociada de la hacienda familiar no

¹⁰ Véase Habermas, 1981, Bd. 2, pp. 471-477 / 1987, vol. 2, pp. 452-458.

¹¹ Acerca de la redefinición de las esferas pública y privada como entornos de sus respectivos ámbitos sistémicos públicos y privados, véase Habermas, 1981, Bd. 2, pp. 255-257, 399-400, 453-462, 469, 471-472, 564 / 1987, vol. 2, pp. 241-243, 381-382, 433-443, 449-450, 452, 544; véase también Habermas, 1985, pp. 406-407 / 1989, pp. 413-414.

sólo neutraliza la privacidad de sus miembros; también recicla como un entorno el conjunto de la vida doméstica de los asalariados y de los destinatarios de sus productos. Y los institutos burocráticos disociados de los lazos estamentales no sólo neutralizan orgánicamente a sus miembros; también incorporan a los destinatarios de sus prestaciones y de sus decisiones en un entorno público que suministra tributos y legitimación. Los trabajadores son reclutados por el sistema ocupacional que regula con ellos su intercambio trabajo/salario y los consumidores son atraídos por el sistema de las necesidades que regula con ellos su intercambio de bienes y servicios. Los clientes censados y administrados por el Estado reciben de éste, en compensación a sus impuestos, prestaciones programadas por los gobiernos, y la confianza de los ciudadanos es aprovechada por ese sistema político en base a decisiones que atañen a los fines colectivos.

Este primer criterio comporta asimetrías. La satisfacción pecuniaria del gasto laboral y la demanda y provisión de bienes y servicios operan a través del dinero, pero la provisión de trabajo desde el mundo de la vida opera a través del poder. De igual modo, el medio dinero hace posible la entrada impositiva al sistema que ha de gestionarla y retornarla parcialmente a través de la aplicación del poder administrativo, el cual opera también en el intercambio de legitimidad por eficacia. Esas asimetrías indican que la cohabitación funcional del Estado fiscal con la economía protegida se hace notar estructuralmente en el mundo de la vida. El sistema capitalista regula por el medio dinero tanto el tráfico en el interior entre empresarios cuanto los intercambios con sus entornos, las economías domésticas que dependen de los salarios y el Estado que depende de los impuestos. Este, por su lado, regula por el medio poder tanto las jerarquías orgánicas de cargos cuanto los intercambios con sus entornos, el del ámbito territorial y jurídico que depende de las gestiones y ejecuciones administrativas y los espacios de acción económica que dependen de reglamentaciones respaldadas por un poder de sanción. El intercambio intersistémico (recaudaciones vía dinero por reglamentaciones vía poder) se reanuda en los intercambios asimétricos con el mundo de la vida. El Estado contribuye a institucionalizar el trabajo asalariado, esencial para el proceso productivo, porque su monopolio de la violencia controla también el potencial conflictivo de la fuerza de trabajo; la economía contribuye a la fiscalización estatal porque su creación de

riqueza repercute en las economías privadas. Como el Estado fiscal que se abastece de cargas tributarias y la economía protegida que se abastece de mano de obra recurren en cada caso al medio constitutivo del otro subsistema, ambos instrumentalizan sus entornos proveedores y configuran el estatuto de sus miembros forzándoles a entenderse desde tal imbricación intersistémica. Este desliz adentro de los ámbitos del mundo de la vida se explica por una desigual institucionalización jurídica del estatuto de esos miembros y la consiguiente reorganización jurídica de los entornos. Pues el modelo contempla las 'relaciones en paralelo' tomando en consideración el factor institucionalizador del derecho que reconecta a las esferas públicas y privada con los ámbitos de acción organizados formalmente. Los niveles estructurales alcanzados por el derecho moderno le capacitan como anclaje de los medios de control y hacen posible el marco institucional de las modernas sociedades capitalistas. En tanto que responsable de la institucionalización de las 'organizaciones formales' al servicio del poder y del dinero, la positivación del derecho privado y del derecho público también contribuye a institucionalizar los roles que, dentro de los ámbitos del mundo de la vida 'no organizados formalmente', quedan "constituidos jurídicamente por referencia a una organización". Por tanto, los cuatro roles (trabajador y consumidor, cliente y ciudadano) son tipificados según el criterio de si dependen legalmente de una organización o si sólo vienen definidos jurídicamente en relación a una organización¹².

La organización económica se institucionaliza con el derecho privado y la organización política con el derecho público. Desde sus marcos organizativos se efectúan los canales de intercambios con el trabajador asalariado y el cliente administrado. Estos se adecúan funcionalmente con sus acciones a los fines de la generación de riqueza y del logro de objetivos colectivos porque la inclusión orgánica les supedita a regulaciones legales, y reciben los respectivos beneficios porque su estatuto legal les liga a la organización. Las personas jurídicas que trabajan y tributan están integradas funcionalmente y sus decisiones están coordinadas sin que medie la intencionalidad: "los actores que asumen los roles de trabajadores o de clientes se desligan de los contextos del mundo de la vida y se adaptan a ámbitos de

¹² Véase Habermas, 1981, Bd. 2, pp. 473-475 / 1987, vol. 2, pp. 453-456; de donde proceden en adelante las citas en el texto a las que no remito en nota.

acción formalmente organizados". Por el contrario, los roles de consumidor y de ciudadano "no son creados del mismo modo que los del trabajador y del cliente por un *fiat* jurídico" y los sujetos que los asumen cuentan con la presunción de sus autonomías privada y pública al entablar sus demandas y afinidades conforme a las regulaciones jurídicas de los contratos privados y de los derechos públicos. En contraste con la sujeción legal del trabajador y del cliente, estas regulaciones reciben sus contenidos de orientaciones intersubjetivas que dan expresión a estilos de vida privados y formas de vida colectivas y que han sido adquiridas previamente por los individuos socializados mediante procesos de formación dentro de las esferas pública y privada.

En este punto, Habermas señala que las presunciones de independencia privada y soberanía ciudadana, las afinidades electivas de los ideales burgueses, fueron sin duda ficciones con carga ideológica y meros "postulados de la economía y la teoría del Estado burguesas", pero que tienen su razón normativa en la integridad de las esferas pública y privada: "los patrones culturales de la demanda y la legitimación muestran estructuras con una lógica propia; están recluidas en contextos del mundo de la vida y no están tan abiertas como las magnitudes más abstractas de la fuerza de trabajo y los impuestos a las intervenciones de la economía o la política". Las orientaciones con que se sustentan las demandas privadas y las confianzas públicas "no puedan ser 'compradas' o 'recaudadas' como la fuerza de trabajo o los impuestos por organizaciones privadas o públicas". Este hecho completa la anterior asimetría, que indicaba las secuelas en el mundo de la vida del entrelazamiento funcional del Estado y la economía, y apunta a divergencias en las que va implícita una consideración dual de la política.

El primer criterio explica el paralelismo de las entradas de fuerza de trabajo (vía poder) y demanda de bienes y servicios (vía dinero) con las de impuestos (vía dinero) y lealtades (vía poder). El segundo criterio advierte de que tras los índices análogos que portan los medios de control en esas cuatro entradas existe una disparidad en el grado de mediatización de los trabajadores y los clientes, por un lado, y de los consumidores y los ciudadanos, por otro. Bajo las condiciones del entrelazamiento del Estado y la economía, la directa dependencia jurídica con la organización fuerzan al trabajador y al cliente a ajustarse a los medios de control

intercambiados. Esa adaptación implica de suyo fenómenos de 'abstracción real': el trabajo concreto se troca en la magnitud abstracta de la fuerza de trabajo para intercambiarse por un salario, y la pertenencia a un país se troca en la magnitud abstracta de los impuestos para poder intercambiarse por prestaciones estatales. Estas metamorfosis de los productos del mundo de la vida en entradas del sistema implican la mediatización de la actividad laboral en empleos organizados y de la relación clientelista con las organizaciones públicas. Las esferas privada y pública se exponen a la monetarización y a la burocratización cuando los afectados asumen esas abstracciones. Por el contrario, el ciudadano y el consumidor mantienen una relativa independencia respecto a las organizaciones porque comparecen desde los ámbitos integrados socialmente y porque su estatuto jurídico se lo posibilita. Los individuos socializados en las esferas pública y privada portan una garantía jurídica que les permite suponer, aun ideológicamente en tanto que se representan como *hommes y citoyens*, la autonomía con la que ejercer sus (recortadas) libertades que ellos trasladan también a través de los medios de control como opiniones y voluntades, las cuales están entrelazadas en su origen con razones potenciales. Ahora bien, la perspectiva sistémica del modelo consigna las "orientaciones por valores de uso" y las "opiniones articuladas públicamente y expresiones de la voluntad colectiva" en forma de entradas que son recicladas en "preferencias consumistas" y en "lealtades masificadas", con lo que sus compensaciones en bienes y liderazgo reflejan otros tantos fenómenos de 'abstracción real'. Estas mutaciones son también condiciones de la mediatización del mundo de la vida. Las esferas privada y pública se exponen a la monetarización y la burocratización cuando los afectados ceden su autonomía privada y su autonomía pública a cambio de prestaciones y compensaciones en conformidad con los registros del sistema,

Esta traslación de lo que Marx analizó como procesos de 'abstracción real' para el caso del trabajo a la idea más amplia de la mediatización del mundo de la vida resalta la importancia de la disparidad antes aludida. Aunque Habermas conviene con Marx en que existe una primacía de la economía en las sociedades modernas desde el punto de vista evolutivo, rechaza la explicación economicista y el esquema base / estructura; la primera porque no aprecia que el nivel de integración alcanzado con el desacoplamiento de los subsistemas no se limita a institucionalizar la relación

de clases sociales, y el segundo, porque no aprecia la complementación funcional de los subsistemas en las sociedades modernas. Y si bien acepta que la monetarización del trabajo asalariado es el caso modélico de abstracción real en las sociedades contemporáneas, rechaza igualmente la concentración de la teoría del valor en el intercambio 'fuerza de trabajo / salario', toda vez que con ello se sobreestima la conversión del trabajo concreto en trabajo abstracto como prototipo de abstracción real y que se toma la pauperización de los trabajadores asalariados como el patrón de los fenómenos de alienación. Habermas contempla esos efectos de la monetarización como un resultado estructural del nuevo nivel de diferenciación sistémica de las sociedades modernas y entiende que el modelo de relaciones de intercambio diversifica los casos de mediatización en atención a los otros tres canales y a los otros tres roles sociales en las esferas pública y privada. De ahí que reinterprete a Marx desde Weber. Este mostró que la mediatización burocrática de las relaciones sociales va de suyo con la institucionalización jurídica de las organizaciones modernas y diagnosticó que ello comportaba la reestructuración de los estilos individuales de vida y las formas colectivas de vida de las sociedades contemporáneas. Para Habermas, esa atención a la burocratización corrige la estrechez marxista al destacar la intervención estatal y anticipa el hecho de que, en las sociedades de masas del Estado social, el caso modélico de abstracción real es más bien una nueva hornada burocratizadora de juridización. Este diagnóstico destaca la degradación de las esferas pública y privada de las personas no sólo en sus roles de trabajadores y de clientes, sino también en su condición de consumidores y en su estatuto de ciudadanos.

Existe, no obstante, otra disparidad tras el índice diferenciador que porta el medio poder en las entradas desde el mundo de la vida de los trabajadores y los ciudadanos. El modelo de intercambios quiere explicarlo sin recaer en la unilateralidad de las interpretaciones liberal y marxista del dualismo Estado/Sociedad, pero no puede descartar la aportación de los movimientos históricos de emancipación que se guiaron por esas interpretaciones. En el modelo de Habermas, el sistema ocupacional regula su intercambio monetario integrando a los trabajadores también a través del medio juridizado del poder, con lo cual las relaciones laborales se tramitan entre los ámbitos privados gracias a un respaldo

estatal. Y el sistema político regula su intercambio con los ciudadanos anexionándose su lealtad a través del medio juridizado del poder, tramitación que abstrae las opiniones públicas transformándolas en mero suministro de legitimación. La mediatización se cumple cuando los empleados aceptan que la fuerza de trabajo se torna disponible y los electores que su voto es movilizable y apropiable. La disponibilidad de la mano de obra y la movilidad de las convicciones resultaron funcionales para el complejo económico-administrativo, pero la asociación laboral y la asociación civil también fueron responsables de la generación de un poder dentro de los mundos de la vida de las sociedades modernas. La clásica interpretación liberal del dualismo Estado / Sociedad ve a los ciudadanos concurriendo desde la privacidad civil y económica en una comunidad política que, de acuerdo con la tradición contractualista, ha de estar fundada en el consentimiento; la interpretación marxista del dualismo ve a los trabajadores aliándose en búsqueda de poder político mediante asociaciones que se sitúan a menudo allende el derecho vigente. Los roles del ciudadano y del trabajador fueron los protagonistas de los movimientos burgueses y obreros de emancipación, porque generaron experiencias y formas de un poder alternativo.

El mencionado índice del poder en las entradas privada y pública habla en favor de una diferenciación en los conceptos de lo político y del poder político. Esa diferenciación moderna resulta del reacoplamiento legal del medio poder administrativo en el mundo de la vida racionalizado, pero implica además otro reacoplamiento formal del ciudadano con el sistema político. Pues el anclaje normativo mediante el derecho positivo no sólo es más exigente que en el dinero al sujetar al poder administrativo a las exigencias ciudadanas de legitimación. La relativa autonomía del ciudadano también incorpora la naturaleza híbrida del "miembro del público (que), en tanto que ejercita funciones ciudadanas, incluso es miembro del sistema político".

1.1.3. La 'mediatización' consiste en que los productos del mundo de la vida se ven forzados a ajustarse a los medios de control y a someterse, a través de los intercambios, a los procesos de 'abstracción real'. El modelo de relaciones de intercambio pretende identificar el modo como esa mediatización adquiere en las

sociedades modernas la forma de una 'colonización del mundo de la vida'. Esta última consiste no sólo en que las aportaciones del mundo de la vida son instrumentalizadas por los medios de control, sino en que éstos sustituyen a los mecanismos encargados de la integración social e interfieren de lleno en los ámbitos encargados de la reproducción simbólica del mundo de la vida¹³. Para clarificar el 'traspaso del umbral' que ello supone, Habermas reconsidera los fenómenos con los que Weber diagnosticó el estadio terminal de la paradoja de la racionalización. Si bien conviene con éste en entender la modernidad cultural como la disgregación de la razón sustantiva en esferas de valor diferenciadas, Habermas critica la derivación weberiana de los fenómenos de la 'pérdida de la libertad' y de la 'pérdida de sentido' desde la secularización y la modernidad cultural y los reformula como síntomas de anquilosamiento y de desertización del mundo de la vida.

Según esta lectura, Weber diagnosticó una potencial pérdida de libertad con la creciente e inevitable monetarización y burocratización de los estilos de vida privados y formas de vida colectivas. Habermas entiende que la monetarización y la burocratización constituyen nuevos niveles de diferenciación sistémica de las sociedades modernas y, con su modelo de relaciones de intercambio, traduce el diagnóstico weberiano como una reorganización de las esferas pública y privada¹⁴. La pérdida de libertad resulta así de readaptar la vida privada en función de asimilar el rol privado del trabajador al de miembro (dependiente jurídicamente) de la organización empresarial, y de readaptar la esfera pública en función de asimilar el rol público del cliente al de miembro (dependiente jurídicamente) de la organización de la dominación burocrática. La monetarización se torna la instrumentalización sistémica de la esfera privada cuando los imperativos de lo económico y lo laboral intervienen en la libertad existencial hasta el punto de promover "estilos de vida unilaterales"; la burocratización se torna la instrumentalización sistémica de la esfera pública cuando los imperativos administrativos penetran en las formas de vida y sus ámbitos de la acción colectiva hasta el punto de promover una "desección burocrática de la esfera público-política". Habermas reconsidera así, desde el mismo

¹³ El paso de la mediatización a la colonización también aparece formulado en Habermas, 1981, Bd. 2, pp. 292-293, 452, 462, 477 / 1987, vol. 2, pp. 279-280, 432-433, 442-443, 457-458.

¹⁴ Véase Habermas, 1981, Bd. 2, pp. 455, 477, 488, 517 / 1987, vol. 2, p. 435-436, 457-458, 469, 497.

punto de vista de la cosificación sistémicamente inducida de la práctica cotidiana en lo público y lo privado, los fenómenos que Weber asoció a la pérdida de sentido. Los problemas de orientación en los ámbitos privados aparecen con la generalización de los estilos de vida complementarios del 'especialista sin espíritu' y del 'gozador sin corazón', uno unilateralmente instrumental y utilitarista y el otro unilateralmente expresivo y hedonista; y los problemas de legitimación política surgen con la conciencia generalizada de la ausencia de elementos éticos en el tipo de la dominación burocrático-legal, donde la legitimidad del poder estatal viene de la legalidad de las decisiones y ésta en último término del poder de quienes instituyen el procedimiento legal. En la versión weberiana de la paradoja de la racionalización, esos fenómenos tienen su origen en el carácter irreconciliable de las esferas culturales de valor, en el nuevo politeísmo tras "la destrucción de las condiciones cognitivas bajo las que los principios religiosos y metafísicos podían desarrollar su fuerza fundadora de sentido". Por el contrario, la versión habermasiana los deriva de "la disolución de los plexos de acción integrados socialmente y (de) su asimilación a los ámbitos de acción formalmente organizados de la economía capitalista y del aparato estatal". Esta "colonización del mundo de la vida por imperativos sistémicos que expulsan los elementos práctico-morales del ámbito de la vida privada y de la esfera pública política" viene facilitada a su vez por la institucionalización selectiva de la modernidad cultural¹⁵. Habermas separa, por tanto, la penetración sistémica del mundo de la vida del fenómeno complementario del empobrecimiento cultural de la práctica comunicativa cotidiana, al que sí aplica la tesis (modificada) de la pérdida de sentido. Esta vendría dada con el encapsulamiento de las culturas de expertos y con la desvinculación de las mismas con respecto a la regeneración del saber común mundano. Vendría, por tanto, de la propia racionalización cultural, pero no, como afirmaba Weber, a consecuencia de la diferenciación y del antagonismo de las legalidades de las esferas de valor, sino como el resultado del desgajamiento del pluriverso de la especialización con respecto al mundo de la vida que ha sido devaluado en su sustancia tradicional. Es esta depauperación de la cultura, y no una secularización ilegítima, lo que allana el camino a la colonización.

¹⁵ Las citas se extraen de Habermas, 1981, Bd. 2, pp. 481 y 479-480 / 1987, vol. 2, 461-462 y 460-461.

Frente a la negativa estimación weberiana de los fenómenos citados y a su recepción por parte de Max Horkheimer y Theodor Adorno, Habermas cita las intuiciones básicas de Hannah Arendt sobre las instituciones de la libertad y de Walter Benjamin sobre la apropiación hermenéutica del sentido¹⁶. Habermas ya había recuperado de Arendt la idea del 'poder comunicativo', por contraste con los conceptos de poder de Weber y de Parsons; y de Benjamin la idea de la 'crítica concienciadora', por contraste con las tonalidades tradicionalistas de la hermenéutica gadameriana y las tonalidades elitistas de la crítica adorniana de la industria cultural. La actualización de las 'razones poderosas' como fuente de legitimación se rescata ahora como una suerte de correctivo a la cosificación sistémica: la protección de los ámbitos comunicativos en las esferas pública y privada dependen de la ampliación de las instituciones de la libertad. La actualización de la 'crítica reviviscente' de tradiciones fundadoras de sentido se reclama ahora como otra suerte de correctivo al empobrecimiento cultural: la protección de tradiciones vivas depende de que la cultura moderna se reacople a las prácticas comunicativas cotidianas. La resistencia contra la desertización y la resistencia contra el anquilosamiento enlazan de este modo con los ideales modernos de la participación del público en la cultura y de la participación de los ciudadanos en la política. Esos ideales aparecen referidos cuando Habermas rescribe a modo de resumen la paradoja de la racionalización y, frente a las líneas de argumentación crítica y apologética incorporadas por Weber en su diagnóstico, rescata "el horizonte utópico de la sociedad civil"¹⁷. La racionalización del mundo de la vida que posibilitó el desacoplamiento de los subsistemas también abrió la perspectiva de una diferenciación equilibrada en la que "los ámbitos de acción formalmente organizados del *bourgeois* (economía y aparato estatal) forman la base del mundo postradisional de la vida del *homme* (esfera privada) y del *citoyen* (esfera pública)". Esa utopía de la Ilustración fue una ideología burguesa, pero también "una apariencia objetiva que surgió de las estructuras de los mundos de la vida diferenciados". En ella se cifran tanto la conciencia del 'extraño interior' que anida en las sociedades modernas cuanto los rasgos de una forma de vida que libera

¹⁶ Véase Habermas, 1981, Bd. 2, p. 484/ 1987, vol. 2, 465, donde el autor remite a su estudio de 1976 sobre H. Arendt y a su estudio de 1972 sobre W. Benjamin, recopilados en Habermas, 1981b, pp. 228-248 y 336-376 / Habermas, 1986, pp. 205-222 y 297-332.

¹⁷ Véase Habermas, 1981, Bd. 2, 485-488 / 1987, vol. 2, pp. 466-469. Las citas se extraen de esas páginas.

el potencial racional de la comunicación, esto es, "*la anticipación de una comunicación cotidiana postradicional* que vaya por libre, fije límites a la dinámica de los subsistemas autonomizados, haga saltar las culturas de expertos encapsuladas y con ello escape a los peligros combinados de la cosificación y la desertización". Ese entronque en la racionalización del mundo de la vida no sólo desvela, por tanto, la erosión de la esfera pública liberal; también recupera la razón normativa de las formas de comunicación postradicional y, con ellas, la posibilidad de resistir contra la erosión de una esfera pública postradicional.

1.2. El segundo volumen de *TkH* apuntala la decisiva discusión de las tesis marxistas, que ya había ocupado importantes secciones del primer volumen, con un análisis crítico en torno al Estado social del bienestar, el marco político de las democracias de masas que, impulsado en su origen por el reformismo socialdemócrata, se afianzó en las sociedades occidentales tras 1945 gracias al apoyo generalizado de partidos y gobiernos de distintas ideologías que coexistían dentro de marcos constitucionales compartidos. Frente a la inaplicabilidad del esquema base/superestructura para dar cuenta de las dinámicas de las sociedades del capitalismo tardío y frente a la incapacidad de la ortodoxia marxista de asumir la pacificación de la lucha de clases, Habermas interpreta esa forma democrática de organización política como una 'estructura de compromiso' que coadyuva a la dinámica capitalista del crecimiento económico de la que depende mediante la activación de intervenciones estatales, al tiempo que acalla los conflictos de clase tradicionales con una serie de compensaciones sociales¹⁸. Considera que, no obstante la persistencia de desigualdades sociales que trata de legitimar, esa estructura de compromiso ha deparado indudables éxitos económicos y político-sociales y, a la vista de las luchas que ha supuesto históricamente su implantación y de la senda alternativa del socialismo burocrático, el Estado social significa de hecho una evolución irrenunciable del sistema político ajustado al Estado democrático de derecho y, por eso, un proyecto sin fórmulas sustitutorias que le sean comparables desde el punto de vista de las exigencias de justificación democrática y desde el punto de vista de

¹⁸ Véase por ejemplo Habermas, 1981, Bd. 2, 491-492, 505, 512-513, 515, 576 / 1987, vol. 2, pp. 472, 485, 492-493, 495-496, 555; y Habermas, 1985b, pp. 181-182, 195-196 / 1987, pp. 151, 164.

sus prestaciones funcionales¹⁹. Dejando por el momento de lado la implicación que esta valoración lleva implícita acerca de la estructura dilemática de la juridización en el Estado social, la valoración no hace sino constatar la evidencia de que la pacificación del conflicto latente atemperada al crecimiento económico mediante compensaciones estatales está definitivamente aquejada de problemas estructurales que sitúan a la maquinaria del Estado social ante inciertas perspectivas de futuro²⁰.

Contra la incompetencia del esquema explicativo marxista (y, como veremos, contra los programas de los intervencionistas, los neoconservadores y los críticos del crecimiento), Habermas porfía en que aquellos desajustes y esta incertidumbre sólo se explican correctamente cuando se advierte que las estructuras de compromiso están incardinadas en un estadio de supercomplejidad económica-administrativa que genera efectos de colonización del mundo de la vida que tales estructuras no son capaces de reabsorber. En la sección 1.2.1. trato de mostrar el modo en que Habermas analiza esa complejidad y sus efectos cosificadores en las sociedades de masas del Estado social con ayuda del modelo de las relaciones de intercambio. Y en la sección 1.2.2. destaco que ese análisis presupone el doble concepto de lo político y le añade una mirada escéptica, aunque no derrotista, sobre las ambivalencias internas de la esfera pública postliberal.

1.2.1. En la discusión con el diagnóstico del presente de Weber, el modelo de la Figura 1 se había aplicado al análisis de las sociedades burguesas del capitalismo clásico. En la discusión con la interpretación economicista del marxismo, el modelo "ofrece una explicación de las marcas que caracterizan a los sistemas políticos de las sociedades capitalistas *desarrolladas*" (el intervencionismo estatal, la democracia de

¹⁹ Habermas sostuvo aún antes de *TkH* las consideraciones histórico-evolutivas sobre los costosos éxitos colectivos y sobre la dignidad normativa y funcional del Estado social y las defenderá igualmente en adelante, durante la fase conservadora dominante en los años ochenta (véase por ejemplo Habermas, 1985b, pp. 67, 146-147, 152 / 1987, pp. 39, 119, 124; Habermas 1985, p. 419 / 1989, p. 426) y en referencia a la obsolescencia del régimen comunista en los países del Este (véase por ejemplo Habermas, 1990, pp. 91-93, 102 / 1991, pp. 131-133, 146-147).

²⁰ Véase por ejemplo Habermas, 1981, Bd. 1, p. 9 / 1987, vol. 1. pp. 11-12; Habermas, 1985b, p. 181-182 / 1987, p. 151. De dicha incertidumbre, calificada de 'nueva impenetrabilidad' o 'nueva falta de claridad o de transparencia' (*die neue Unübersichtlichkeit*), partirá la tesis vertebradora del importante ensayo de 1984 «La crisis del Estado del bienestar y el agotamiento de las energías utópicas»; véase en especial Habermas, 1985b, pp. 147, 152 / 1987, pp. 119, 124.

masas y el Estado del bienestar) y analiza esas "estructuras de compromiso del capitalismo tardío y las fallas que comportan" sobre la base de que "el compromiso del Estado social cambia las condiciones de las cuatro relaciones de intercambio"²¹. Esta aplicación del modelo identifica en el estadio terminal de la modernización capitalista el acoplamiento y entrelazamiento funcionales en un complejo sistémico del Estado y del mercado que, independizado por completo de las esferas pública y privada del mundo de la vida, entabla con éstas los intercambios que discurren a través de los medios dinero y poder y que son institucionalizados dentro de ellas en los cuatro roles sociales.

Las explicaciones que se ofrecen con el modelo de intercambios de los tres principales rasgos estructurales de los sistemas políticos del capitalismo tardío (el intervencionismo estatal, la democracia de masas y el Estado del bienestar) ponen de manifiesto las deficiencias teóricas de la explicación marxista y se apoyan en sendos problemas que habían sido discutidos por Carl Offe. A diferencia del economicismo marxista, el modelo contempla la complementación funcional entre los subsistemas y explica que "los desequilibrios económicos pueden equilibrarse porque el Estado interviene en las brechas funcionales del mercado"²². Como ha de asegurar las inversiones privadas sin afectar a la división del trabajo entre la economía de mercado y el Estado improductivo, esa intervención sustitutoria mantiene "la forma *indirecta* de la manipulación de las condiciones marco de las decisiones de empresas privadas y la forma *reactiva* de estrategias de evitación o compensación de efectos laterales". Pero esto acarrea que las tendencias a la crisis económica no sólo se vean retardadas o amortiguadas por la administración, sino también que sean trasladadas a ésta y que ésta tenga que planificar estrategias de descarga con las que devolverle los problemas al sistema económico, lo que da lugar a "un patrón de crisis oscilantes, desplazadas de un subsistema a otro".

A diferencia de la teoría económica de la democracia inspirada en el marxismo, el modelo de intercambios contempla el funcionamiento y el dispar anclaje institucional

²¹ Habermas, 1981, Bd. 2, pp. 504-505 y 513 / 1987, vol. 2, pp. 485 y 493. Para esta nueva aplicación del modelo en discusión con el marxismo, véase además Habermas, 1981, Bd. 2, pp. 458, 504-522, 523, 581 / 1987, vol. 2, pp. 438-439, 485-502, 503, 560; y Habermas, 1985b, p. 182 / 1987, p. 151.

²² Para lo que sigue en el párrafo, incluidas las citas, véase Habermas, 1981, Bd. 2, pp. 505-506 / 1987, vol. 2, 486-487, donde se retoman las tesis de Offe, 1972.

de los dos medios de control. Dado que, por contraste con el dinero, el poder requiere de la legitimación del régimen de dominación que en las sociedades modernas sólo pueden consentir los procedimientos democráticos, el modelo pretende explicar el alcance de la participación política de los ciudadanos en la democracia de masas. No obstante, esa explicación advierte que "entre capitalismo y democracia existe una *indisoluble* relación de tensión, pues con ambos compiten por la primacía dos principios opuestos de integración social"²³. Esta competencia de la integración política con la integración del mercado se introduce en los modos en que se organizan y trabajan los partidos políticos y en la articulación de la propia esfera pública, dando como resultado una política simbólica en el plano institucional que se acompaña con un recorte de la participación política mediante la segmentación del rol ciudadano conforme al de elector. Habermas conviene con Offe en que el problema de la compatibilidad de democracia y capitalismo ha de distinguirse del problema de las mediaciones entre los ciudadanos y el Estado. El modelo de intercambios contempla la interacción de las esferas pública y privada del mundo de la vida y entiende que "las secuelas sociales, lo que ante todo quiere decir: privadas, del conflicto de clases no pueden mantenerse alejadas de la esfera pública. El Estado social se convierta así en el contenido político de la democracia de masas".

El rasgo determinante de este estadio tardocapitalista es la mutua adaptación entre la pacificación del mundo del trabajo y la neutralización de la participación política²⁴. En el Estado social se da "un equilibrio entre el rol normalizado de trabajador y el revaluado rol de consumidor" que se adapta funcionalmente a otro "equilibrio entre el rol del ciudadano, generalizado y neutralizado, y el rol inflado del cliente". La intervención de los subsistemas en los espacios públicos y privados del mundo de la vida convierte al ciudadano en un cliente de las burocracias y, por tanto, neutraliza las posibilidades de participación pública que han quedado abiertas por la racionalización del mundo de la vida; y convierte al trabajador en un consumidor de lo que el mercado tiene que ofrecerle y, por tanto, evita el conflicto de clases. A diferencia de lo que supone el esquema marxista, esos desajustes

²³ Para lo que sigue, véase Habermas, 1981, Bd. 2, pp. 506-512 / 1987, vol. 2. 487-492, de donde se extraen las citas que aparecen en el texto y donde se cita la distinción de Offe, 1979.

²⁴ Para lo que sigue, incluidas las citas: Habermas, 1981, Bd. 2, pp. 512-516 / 1987, vol. 2., pp. 492-497.

provocados por 'procesos de abstracción' de la monetarización y la burocratización han quedado institucionalizados en los roles conductivos y son controlados por el funcionamiento del sistema. Pero el análisis muestra que existen otros efectos cosificadores que ya no pueden ser amortiguados sin más por el tipo de compensaciones procuradas por el intervencionismo estatal sobre los mecanismos del mercado y por la institucionalización del conflicto de la distribución. Es más, las estrategias para obtener lealtad y evitar el desequilibrio económico tienen efectos laterales, y es aquí donde se presentan las suturas entre el sistema y el mundo de la vida de las sociedades avanzadas del tardocapitalismo.

1.2.2. Al comentar la tensión de capitalismo y democracia con la distinción entre los principios contrarios de integración social, Habermas bosqueja sendas lecturas teórico-sociales acerca del contenido normativo de la democracia y del sentido sistémico del capitalismo²⁵. Al igual que en su aclaración de la falsabilidad de la legitimación en el Estado social, esos comentarios dejan constancia de la relevancia teórica que adquieren tanto el sentido político de la división sociológica de poderes cuanto la doble perspectiva normativa e instrumental sobre 'la política', que incluye a su vez la distinción en el concepto de 'poder político'.

Vimos que el modelo de intercambios permite señalar los límites entre el mundo de la vida y los subsistemas y detectar la tecnificación del primero por los últimos. La perspectiva de la teoría social capta con ello tanto el sentido político de la división de poderes de la integración social cuanto el sentido sistémico del capitalismo:

"Si se confía en la concepción que se expresa en los principios de las constituciones democráticas, las sociedades modernas afirman la primacía del mundo de la vida frente a los subsistemas desgajados de los órdenes institucionales de aquél. Para la teoría de la sociedad, el sentido normativo de la democracia puede reducirse a la fórmula de que la satisfacción de las necesidades funcionales de los ámbitos de acción integrados sistémicamente debe encontrar su límite en la integridad del mundo de la vida, esto es, en las exigencias de los ámbitos de acción

²⁵ Para cuanto sigue en esta sección 1.2.2. sobre los principios de la integración social y la perspectiva sobre la neutralización de la esfera pública, vuelvo preferentemente sobre Habermas, 1981, Bd. 2, pp. 506-510 / 1987, vol. 2., pp. 487-490 (de donde proceden las citas que reproduzco en el texto).

que dependen de la integración social... Para la teoría de la sociedad, el sentido sistémico del capitalismo puede reducirse a la fórmula de que, si fuera menester, las necesidades funcionales de los ámbitos de acción de la integración sistémica han de ser satisfechas aun a costa de la tecnificación del mundo de la vida".

La distinción en el concepto de lo político arraiga en esa más básica distinción que soporta el concepto dual de sociedad. Mientras que los sistemas de acción 'organizados formalmente y regidos por medios de control' contribuyen a la integración sistémica, los mundos de la vida más o menos diferenciados o racionalizados 'se reproducen' por medio de la acción comunicativa y contribuyen a la integración social. Un aspecto de la integración social general es la 'integración política' que discurre a través del ejercicio de la ciudadanía democrática dentro del plano geopolítico del Estado nacional. El sentido normativo de esa integración política conecta la institucionalización jurídica del 'sistema del poder' en el mundo de la vida y la legitimidad que generan los procedimientos democráticos de formación de la voluntad política. La política en tanto que administración estatal viene regulada por mecanismos sistémicos. La política en tanto que formación pública de la opinión y la voluntad viene regulada por mecanismos comunicativos y se refiere a los rendimientos de los ámbitos públicos y privados del mundo de la vida, a la 'sociedad' como componente del mundo de la vida. De ahí que sean distintos los fenómenos del poder según tengan su fuente fuera o dentro del mundo de la vida²⁶. El poder administrativo es el medio de control 'análogo' al dinero; regula las transacciones del aparato estatal que está desacoplado del mundo de la vida y es co-dependiente del subsistema económico. Pero el poder dentro del mundo de la vida se ejerce en las interacciones lingüísticamente mediadas, ya sea en las modalidades de la acción estratégica, para lo cual Habermas reelabora la noción arendtiana de 'violencia' (*Gewalt*), o sea en las modalidades de la acción comunicativa, para lo cual reelabora la noción arendtiana de 'poder' (*Macht*). Por otro lado, él distingue entre los medios sistémicos y las formas generalizadas de comunicación como el 'compromiso valorativo' o la 'influencia'. Las formas generalizadas de comunicación simplifican y adensan el lenguaje cotidiano, pero no lo sustituyen, y no se desenganchan de la tradición cultural, sino que se integran en el marco institucional del mundo de la

²⁶ Véase la réplica a Giddens y las referencias a Arendt en Habermas, 1984, pp. 547-548 / 1989, 458-459.

vida. Además, precisan de tecnologías de la comunicación, que son las que liberan a los actos de habla de las restricciones espacio-temporales, facilitando su recepción en contextos multiplicados, y las que posibilitan la formación de las esferas públicas, creando las 'redes comunicativas' que constituyen el núcleo institucional de esos espacios públicos.

Habermas no sólo destaca que la participación política en las democracias de masas del Estado del bienestar está siendo neutralizada, sino que también enfatiza la ambivalencia del potencial (autoritario y emancipatorio) de los espacios públicos. Por un lado, la neutralización de las posibilidades de la participación política es un aspecto funcional para los partidos dentro del sistema político, por cuanto necesitan a la par la confianza de los inversores privados y la confianza de las masas, pero también afecta a la consideración de la esfera pública allende dicho sistema. Aunque la distinción se aplica dentro de los procesos de racionalización del mundo de la vida en las sociedades de tipo occidental, es ante todo dentro de la propia esfera público-política donde interfieren dos procesos: la generación comunicativa de legitimidad en los procesos democráticos de formación de la opinión y la voluntad, por un lado, y la adquisición de legitimación que logra el sistema político a través de la creación organizada de la lealtad de la población, por otro. El sistema político consigue ese asentimiento tanto por la vía positiva del cumplimiento de los programas del Estado social y de la capitalización de los éxitos de las gestiones de las políticas públicas, cuanto por la vía selectiva de excluir de la discusión pública ciertos temas y contribuciones, bien sea "mediante filtros estructurales del acceso a la esfera público-política, mediante deformaciones burocráticas de las estructuras de la comunicación pública o mediante un control manipulador de los flujos de comunicación". Por otro lado, Habermas hace valer su concepción acerca de las formas generalizadas de comunicación alternativas a los medios de control en contra de la doctrina francfortiana de la industria cultural, a la que él mismo se acogió veinte años antes: "la teoría de la acción comunicativa se muestra escéptica frente a la tesis de que la esfera pública ha quedado liquidada en las sociedades postliberales"²⁷. Ese escepticismo se columpia en la constatación de una ambivalencia intrínseca. Los

²⁷ Las citas en el párrafo se recogen de Habermas, 1981, Bd. 2, pp. 571-575 / 1987, vol. 2., pp. 551-554.

medios de comunicación crean esferas públicas que "jerarquizan el horizonte de las comunicaciones posibles y al mismo tiempo allanan sus barreras". Aunque pueden reforzar el control social canalizando "los flujos comunicativos en una red centralizada, desde el centro a la periferia o de arriba abajo", no pueden blindar a tales flujos frente a las formas mundanas de comunicación que liberan el poder subversivo de las libertades comunicativas. Este "potencial emancipatorio" no sólo se revela contra los controles de parte de los poderes sociales; también expresa el 'poder comunicativo' con el que las razones poderosas pueden dirigirse hacia el sistema político.

1.3. El modelo de la esfera pública postliberal que resulta del argumento sociológico de la división de poderes puede iluminarse otro tanto si lo comparamos, a grandes rasgos, con el modelo que Habermas desarrolló en *SÖ*, donde la separación de Estado y sociedad delineaba la constitución de la esfera pública burguesa y el ensamblaje de Estado y sociedad desde finales del siglo XIX marcaba el ritmo de la degeneración de esa esfera pública, consumada en las sociedades de masas. Como veremos más adelante, en el apartado 2, la comparación permite señalar tres derroteros temáticos que, por analogía con el modo en que se estructuraba la obra *SÖ*, nos aproximan a los agentes y enclaves institucionales de la esfera pública, a sus funciones políticas en las sociedades actuales y a las ideas normativas que se compaginan con sus aspectos ideológicos.

El dualismo social entre sistema y mundo de la vida no implica en cuanto tal una habilitación sociológica de la dualidad entre Estado y sociedad que en las tradiciones marxista y liberal de la política llevaba aparejada la dicotomía unilateral de lo público y lo privado; también difiere de la inusual relación de lo público y lo privado con la que el primer Habermas pretendió corregir esa unilateralidad²⁸. El concepto de sociedad a dos bandas de *TkH* expresa en realidad un modelo tripartito de la diferenciación de las sociedades modernas y representa, en contraste con los niveles de mediación representados y comentados en la obra de 1962, un marco más

²⁸ Esta comparación es deudora de Cohen y Arato (1992, pp. 426, 429-431) y practica un contraste entre la figura 1 del modelo de intercambio con que abrimos este artículo y el esquema propuesto en *SÖ* como plano o modelo de la esfera pública en el siglo XVIII (Habermas, 1962, pp. 86-90 / 1994, pp. 65-68).

sofisticado de cuatro esferas para las relaciones entre las instituciones públicas y privadas.

En el argumento histórico de *SÖ*, la separación del Estado y la sociedad civil constituye la condición para que se configure el ámbito íntimo de la esfera privada y desde él se despliegue una esfera pública que comienza de manera impolítica en los foros culturales de discusión y termina cumpliendo funciones políticas en relación con el sistema parlamentario. De este modo, el ámbito de la familia y las esferas públicas literaria y política llegaron a ser niveles de mediación dentro de la sociedad civil. Al igual que la esfera íntima de la familia nuclear, la esfera pública burguesa que pasa a distinguirse en el siglo XVIII respecto del Estado y de la economía sigue formando parte del ámbito privado de la sociedad civil y depende del sistema del trabajo social y del tráfico de mercancías. Pero mientras que esa esfera del público que razona, instruido y propietario, pasa a contraponerse a la esfera pública del poder estatal, no existe duplicación similar en la esfera privada. Pese a que ampara un ideal de emancipación humana independiente de la economía y del Estado y a que no es identificada con el ámbito de la reproducción material, la institución familiar encargada de las funciones de socialización queda integrada estructuralmente en la esfera privada de la sociedad burguesa y atrapada de suyo por las necesidades del ámbito mercantil y laboral de ésta²⁹.

En el argumento sociológico de *TkH* se destacan tanto las relaciones de intercambio entre los subsistemas que se complementan y predefinen entre sí con sus respectivos medios de control, cuanto la interconexión de los 'componentes sociales' y 'órdenes institucionales' del mundo de la vida. Se contemplan, pues, dos separaciones de lo público y lo privado, una en el plano de los subsistemas y otra en el del mundo de la vida. Por otro lado, estas separaciones están coordinadas con los intercambios entre ámbitos de acción públicos y entre ámbitos de acción privados. A diferencia de lo mantenido en *SÖ*, no sólo existen relaciones interinstitucionales entre el subsistema político y la esfera pública, sino también entre el subsistema económico

²⁹ "La esfera íntima (fue) otrora el centro de la esfera privada en general... Los burgueses de la era liberal vivieron su vida privada prototípicamente en la profesión y en la familia; el ámbito del tráfico mercantil y del trabajo social era esfera privada lo mismo que la 'casa' descargada directamente de funciones económicas. Ambas esferas (estuvieron) entonces estructuradas en el mismo sentido" (Habermas, 1962, p. 238 / 1994, p. 181).

y la esfera privada de la familia y, en conexión con ésta, otras relaciones allende el parentesco de vecindad, de colaboración grupal, etc. Las esferas pública y privada del mundo de la vida ya no son mediaciones dentro de la sociedad civil ni quedan absorbidas por los subsistemas, aun cuando entren en consideración como entornos apropiados para éstos y entablen con éstos intercambios a través de los medios de control.

Esto tiene consecuencias decisivas para invalidar el argumento del ensamblaje que destacaba la convergencia histórica y la complementación sociológica entre el intervencionismo y el corporativismo en las sociedades del capitalismo desarrollado, argumento con que se hila en buena medida toda la segunda parte de *SÖ*. Con arreglo a aquel relato, la aleación de las tendencias de la estatalización de la sociedad y de la socialización del Estado asfixiaba las esferas culturales de la intimidad y de la publicidad. La respuesta posibilista de Habermas ante aquella situación era un modelo de esfera pública compuesto por un público de asociaciones y organizaciones colectivas que emprendiera la tarea de reorganizar la totalidad social.

A diferencia del planteamiento dualista de *SÖ*, que aún confiaba en la readaptación de la dominación burocrática y de la economía capitalista a un modo de integración política, el planteamiento tripartito de *TkH* destaca que los dominios de acción integrados sistémicamente tienen una dinámica propia a la par que invasiva, lo cual hace necesario contener sus abusos colonizadores sobre los dominios del mundo de la vida. Además de caracterizar los fenómenos de 'cosificación' que sobrevienen cuando se traspasa un umbral variable de la 'mediatización', ese planteamiento pretende mostrar que no es posible una reorganización democrática que intervenga desde dentro de la economía y del aparato estatal sin que éstos pierdan su funcionalidad.

Conviene resaltar, finalmente, que el enfoque sociológico de *TkH* pone en perspectiva la posibilidad de que se constituya una esfera pública liberal y democrática en un modelo revisado de la diferenciación del Estado y la 'sociedad civil', donde esta última ya no está subsumida por completo bajo la idea de una sociedad constituida con arreglo al derecho privado que regula los mercados del trabajo, del capital y de las mercancías. De esa promesa da cuenta la ubicación fronteriza de las asociaciones civiles que, dentro de la fig. 1, enlazan la esfera

doméstica de la intimidad con la esfera social de lo público. Ese umbral no queda recogido en el cuadro original, que está delineado desde la perspectiva de los subsistemas (Habermas, 1981, Bd. 2, p. 473 / 1987, vol. 2., p. 454), si bien Habermas menciona que las 'asociaciones libres' son instituciones de la esfera privada y las tendrá en cuenta en obras posteriores cuando complemente el modelo de relaciones de intercambio desde la perspectiva del mundo de la vida. Entonces se hará aún más patente que la 'sociedad', que es junto con el acervo del saber cultural y las estructuras de la personalidad uno de los 'componentes sociales del mundo de la vida', transforma y libera su posición tanto con respecto al Estado como respecto a la economía. Con todo, ya en el planteamiento de *TkH* la ambición marxista de reapropiarse las fuerzas esenciales objetivadas es substituida por la aspiración a acotar los territorios comunicativos de lo público y lo privado frente a las injerencias exógenas. En suma, la perspectiva de la emancipación deja de acogerse a la figura de la superación y es desplazada por la perspectiva de la emancipación como resistencia.

2. Estructuras sociales de la Esfera pública. El caso de los Nuevos Movimientos Sociales (NMS)

Desde los años setenta, señala Habermas, esta última perspectiva viene representada, sobre todo, en los "potenciales de protesta y repliegue" de los NMS, cuyo común denominador es una peculiar sensibilidad y capacidad de reacción ante "los nuevos conflictos (que) ya no se encienden por causa de *problemas de distribución*, sino por cuestiones de la *gramática de formas de vida*"³⁰. Entre esos NMS, Habermas cita al movimiento ecologista, al pacifista, al antinuclear, al alternativo, al de iniciativas ciudadanas, al feminista, a los movimientos de minorías (entre ellos, los movimientos

³⁰ En adelante tomo como texto de referencia el análisis de los NMS de Habermas, 1981, Bd. 2, pp. 575-583 / 1987, vol. 2, pp. 554-562 (la cita del texto, en la p. 576 p. / 556), análisis que Cohen y Arato (1992, pp. 523-532) sometieron a una crítica muy instructiva. También apoyo la exposición, por razones que expongo en la misma, en otros textos que datan de comienzos de los años ochenta y en diversos pasajes previos (y preparatorios) de *TkH*, entre otros en: «Entrevista con Gad Freudenthal (1977)», «Entrevista con Angelo Bolaffi para *Rinascita* (1978)», «Introducción al volumen 1000 de la editorial Suhrkamp (1979)» y «La Modernidad, un proyecto inacabado (1980)» (véase particularmente Habermas, 1981c, pp. 429-434, 450-2 y 462-464, 477-478, 491-510).

de liberación *gay*) y a los movimientos autonómicos y regionalistas³¹. Al exponer la especificidad de tal grupo heterogéneo en razón de su vinculación con "los temas de la crítica al crecimiento" y su remisión a "conflictos que, en las sociedades desarrolladas de Occidente, se desvían del patrón del conflicto de distribución, institucionalizado por el Estado social", el análisis de *TkH* no hace sino explicitar un diagnóstico de la época que Habermas había estado manejando en textos de finales de los años setenta, cuando elaboraba teóricamente su constatación del cambio de tendencia durante esa década. En el apartado 2.1. recupero la formulación de ese diagnóstico que enmarca a los NMS a modo de una de las posturas críticas que por entonces responden a la percepción de la quiebra del Estado del bienestar. Ese diagnóstico rezuma una profunda desconfianza de los NMS, en cuyos potenciales ambivalentes sospecha Habermas una postura ambigua ante el compromiso del Estado del bienestar y una similitud estructural de fondo con el antimodernismo conservador. Dejo constancia de ello en el apartado 2.2., donde expongo además la pesimista valoración habermasiana de que la respuesta crítica de los NMS al crecimiento, condensada en el lema de que la emancipación se ha tornado resistencia, se caracteriza por rasgos predominantemente defensivos y particularistas.

56

Mayo
junio
2019

2.1. Habermas declaró en su día que el motivo detonante que le llevó en el otoño de 1977 a componer *TkH* fue una tensa situación política alemana que, en una atmósfera envenenada por el terrorismo³², le forzó de hecho a "tomar posición en la lucha

³¹ Véase en especial Habermas, 1981, Bd. 2, p. 578 / 1987, vol. 2., p. 557; 1981c, pp. 429-30, 478 y 494. Las citas en el texto proceden de Habermas, 1981, Bd. 2, pp. 577 y 576/ 1987, vol. 2., pp. 557 y 555.

³² A la alarma e indignación social provocadas por los atentados de ese año, especialmente tras el secuestro y asesinato de H.M. Schleyer, se sumó el enrarecimiento del clima académico e intelectual, entre otras circunstancias debido a declaraciones públicas de políticos del CDU, que identificaban a la Teoría crítica como valedor intelectual del terror de la *Rote Armee Fraktion*, y a una denuncia pública aventada por Hermann Lübke y otros miembros de la *Bund Freiheit Wissenschaft*, que señalaba a profesores universitarios de izquierdas supuestamente conniventes con la causa y las acciones terroristas. La reacción de Habermas, que deja patente en la capciosa cita ajena con que abre la parte III (titulada «Cambio de tendencia») de su obra *Kleine Politische Schriften I-IV* (Habermas, 1981c, p. 309), está recopilada en varios textos del año 1977 bajo el epígrafe «Otoño alemán» (Habermas, 1981c, pp. 364-406; véase además las pp. 333-334, 426 n. 10). Una retahíla de declaraciones posteriores de Habermas (1985b, pp. 62, 180-181 / 1987, pp. 34, 150; 1987, pp. 23, 50-51; 1990, p. 159 / 1991, p. 226; 1990b, p. 12) muestra que para él este asunto no fue una mera anécdota, sino un signo del 'cambio de tendencia' que los neoconservadores alemanes entroncaban por entonces con formas de pensamiento autoritarias. También delata que dicho asunto estuvo clavado duradera y dolorosamente en la

política cotidiana". Esa declaración añade dos datos de interés³³. Primero, que fue por entonces cuando, al tiempo que comenzó a tomarse "en serio por primera vez las ideologías neoconservadoras", también creyó "comprender mejor por primera vez el significado de los nuevos potenciales de protesta, de los nuevos movimientos, con los que no tenía relación directa alguna". Y, segundo, que esta doble incursión es lo que articula además "el esquema interpretativo" que queda patente en la conclusión de *TkH*, titulada «Tareas de una teoría crítica de la sociedad»³⁴, donde viene a sustanciarse a modo de una prevención contra la ambivalencia de los NMS, sospechosos de un anti-modernismo que converge con las recetas de los neoconservadores en desacreditar "la herencia del racionalismo occidental..., la substancia más digna de conservación de las genuinas tradiciones e inspiraciones de Occidente".

En otras palabras, el 'motivo político de fondo' por el que se gestó la *TkH* se traduce en un diagnóstico de la época que, como ponen de bulto una serie de textos previos, atendía al "cambio de tendencia" que Habermas considera consolidado, especialmente en la República Federal Alemana, a finales de la década de los setenta y que ve reflejado también en el plano de las teorías vigentes³⁵. Este diagnóstico le urge entonces a combatir el doble frente, percibido como una nueva alianza, entre

biografía de Habermas, que fue por entonces objeto de tales acosos. Wiggershaus (1986, 727-730) recuerda los crímenes y ese malsano contexto, repasa las obras que durante toda la década de los años setenta emparentaron a los representantes (y a intelectuales simpatizantes) de la Teoría crítica con el terrorismo de la extrema izquierda y señala, finalmente, que los autores del libro de 1978 *Die Gewalt der Verneinung. Kritische Theorie und ihre Folgen*, en el que vertían acusaciones contra Habermas, se sintieron portavoces de esa corriente incriminatoria, "muy extendida entre profesores y políticos". Véase el tono desairado de la respuesta de Habermas a las difamaciones vertidas en el libro recién mencionado en Habermas, 1981c, p. 414 y 1987, p. 61. También resulta muy iluminadora la intervención de Albrecht Wellmer en «Terrorismo y crítica de la sociedad», un texto de 1979 recopilado en Wellmer, 1993, pp. 279-305 / 292-318.

³³ Véase el «Prefacio» de Habermas, 1981, Bd. 1, pp. 9-10/ 1987, vol. 1, pp. 11-13; y el texto de 1981 «Dialéctica de la racionalización», recogido en Habermas, 1985b, pp. 180-184 / 1987, pp. 149-153. Los entrecomillados que despliego por todo el párrafo se extraen de estas páginas.

³⁴ Además de en el «Prefacio» ya citado, Habermas hace explícito dicho "trasfondo motivacional" justo en el párrafo final de la sección dedicada a los NMS, incluida en el apartado conclusivo de *TkH* (Habermas, 1981, Bd. 2, pp. 582-583 / 1987, vol. 2, p. 562). Por lo demás, algo parecido cabría decir acerca del 'esquema interpretativo' del ensayo «La Modernidad, un proyecto inacabado (1980)», a la vista sobre todo de su última sección (Habermas, 1981c, pp. 462-464; véase también las pp. 450-452).

³⁵ Véase los textos compilados en las partes III y IV de Habermas, 1981c, pp. 309-464 y 465-532, y también Habermas, 1985b, p. 61 / 1987, p. 33 y Habermas, 1990, p. 116 / p. 166.

jóvenes conservadores posmodernos y neoconservadores antimodernos; y, a la vez, a ofrecer una respuesta a la contra de los últimos sobre la crisis del Estado del bienestar que, además de criticar el programa de los partidarios del intervencionismo estatal, incluyera la razón de ser de la crítica neopopulista de los NMS al crecimiento³⁶.

No obstante el *pathos* teórico de *TkH*, ese diagnóstico de la época recorre la obra entera y sin duda está presente en todo su último capítulo (y no sólo en el último apartado de éste), pese a que sólo se haga explícito de modo puntual el cuestionamiento de las políticas hegemónicas y contrarias del capitalismo desarrollado, las intervencionistas de orientación neokeynesianiana y las liberalizadoras que propugnaban la "autocuración por el mercado"³⁷. Pero, si dejamos de lado la arriesgada estimación sobre la orientación 'joven-conservadora' de los postmodernos, al menos para el caso de Michel Foucault, lo más sorprendente del diagnóstico es que detecta una oculta afinidad antimoderna entre dos bandos o fenómenos políticos que proponían de hecho interpretaciones enfrentadas (más articulada la de los neoconservadores, más imprecisa la de los críticos del crecimiento) sobre la situación actual de las sociedades occidentales³⁸. Esta situación para la que ofrecen respuestas enfrentadas viene definida mayormente por la incontestable evidencia de que "el compromiso del Estado de bienestar y en sentido amplio socialdemócrata", en el que durante décadas se basó "la exitosa estabilización de las relaciones internas", está seriamente afectado por sus irregularidades económicas y por los costes culturales y psicosociales que comportan sus políticas

³⁶ "El auténtico motivo que tenía en 1977 al empezar a escribir el libro [vale decir, lo que sería *TkH*] era aclararme a mí mismo acerca de cómo cabía reformular la crítica de la cosificación, la crítica de la racionalización, de modo que, por un lado, ofreciera explicaciones teóricas para la quiebra del compromiso del Estado social y para los potenciales de crítica del crecimiento por parte de los nuevos movimientos sociales, sin abandonar, por otro lado, el proyecto de la Modernidad, sin incurrir en la postmodernidad o en la antimodernidad, y sin convertirme en un 'rígido' neoconservador ni en un 'impetuoso' joven-conservador" (Habermas, 1985b, p. 184 / 1987, p. 153).

³⁷ Véase Habermas, 1981, Bd. 2, pp. 565 / 1987, vol. 2, pp. 544-545; y también Habermas, 1985b, pp. 181-182 / 1987, p. 151; y 1985c, p. 30 / 1985, p. 34.

³⁸ Para tales pronunciamientos acerca de estos diagnósticos enfrentados de los neoconservadores y de los NMS sobre el Estado del bienestar y, a la vez, acerca de la 'convergencia anti-moderna' de ambos, véase especialmente Habermas, 1981, Bd. 1, p. 9 / 1987, vol. 1, pp. 11-12; Habermas, 1981, y Bd. 2, p. 565 / 1987, vol. 2, pp. 544-545; Habermas 1981c, 464; 1985b, pp. 181-183 / 1987, pp. 150-152, textos de los que también extraigo los siguientes entrecomillados dentro del texto del artículo.

públicas y las dinámicas que estas favorecen. El malestar de la época tiene también otra faceta en las relaciones externas: la escandalosa evidencia del peligro mundializado de la carrera de armamentos anejo a la hostilidad latente entre las superpotencias en una fase de interludio de la guerra fría. Habermas constata la insalvable disparidad entre los neoconservadores y los críticos del crecimiento a la hora de asumir tales riesgos y, de hecho, se enfrentarán sonora y abiertamente pocos años después en la República Federal Alemana a causa de la política armamentística. Registra igualmente que ambos, los apologetas y los críticos del crecimiento, derivan y reelaboran en direcciones opuestas las consecuencias sociales negativas derivadas de la consolidación del compromiso del Estado social. Mientras que unos aplauden la modernización social capitalista y proponen desplazar a las iniciativas del mercado los problemas sistémicos que el intervencionismo no soluciona, delegando la compensación del malestar cultural a los amortiguadores de los valores tradicionalistas, los otros se alinean en una tropa abigarrada 'contra el sistema' haciéndole frente con una oposición radical que, en ocasiones, cae en una oposición indiferenciada no sólo respecto a los efectos indeseables de la modernización sistémica, sino también respecto al sostenimiento de las formas de vida modernas. De ahí que Habermas encuentre la mencionada convergencia de fondo en un compartido rechazo de la herencia más valiosa de las mejores tradiciones del racionalismo occidental, de las que se nutren también los logros normativos del proyecto del Estado del bienestar. Según él, es posible sospechar que existe un reagrupamiento entre esos frentes en la medida en que ambos equiparan "la racionalidad de la modernidad cultural con la racionalidad del mantenimiento de los sistemas de acción económico y administrativo", sin distinguir "con cuidado la racionalización del mundo de la vida del aumento de complejidad del sistema social". En suma, los críticos del crecimiento son acusados de incurrir en una modalidad de antimodernismo en tanto en cuanto sus propuestas implican la desdiferenciación de los mundos de la vida modernos, y la radicalidad de su activismo es cuestionada porque su débil lado teórico da lugar a una difusa apreciación de esas causas de los problemas y conflictos que sí saca a relucir el análisis sociológico de la 'división social de poderes'.

Las acusaciones de la claudicación antimoderna de los NMS y de su falta de perspectiva ante 'la nueva impenetrabilidad' de la época persisten en los textos posteriores del primer lustro de los años ochenta en los que Habermas reelabora el esquema tripartito de las reacciones a la crisis del Estado social. Pero en ellos se van abriendo importantes rectificaciones sobre las que habremos de volver.

2.2. En *TkH*, también en textos anteriores y en otros posteriores de los ochenta, Habermas se vale de dos demarcaciones para aclarar los rasgos específicos del grupo heterogéneo de NMS, afianzados en sociedades como la alemana o la usamericana desde mediados de los setenta y, por tanto, coetáneos de las ideologías neoconservadoras en alza. Los aleja de los movimientos sociales clásicos y los separa también del movimiento estudiantil de los años sesenta con el que, no obstante, enlazan en aspectos esenciales (2.2.1.). A continuación establece una diferenciación dentro de los propios NMS y, sirviéndose del movimiento feminista a modo de patrón de contraste, deslinda los NMS defensivos que se atrincheran en la mera autodefensa de aquellos otros que promueven actitudes de resistencia activa (2.2.2.). Pese a que la interpretación predominante de *TkH* no traslada una confianza acerca del potencial emancipatorio que albergan estos últimos NMS, la obra abre la línea teórica de la política dual que transitarán en adelante otras obras habermasianas y que implica la revalorización de la nueva política que practican esos reposicionamientos y de las nuevas subjetividades que comportan (2.2.3.).

2.2.1. La demarcación externa sostiene que los NMS divergen de los movimientos emancipatorios históricos y que emparentan con el movimiento de protesta estudiantil, si bien más por la línea cultural y extraparlamentaria de sus valores postburgueses que por la línea ideológica de sus remedos filomarxistas.

En primer lugar, los NMS no siguen el modelo histórico de los movimientos (burgueses y obrero) de emancipación, que se caracterizaban por una orientación predominante por la democracia y la igualdad. Entroncan más bien con una serie variopinta de movimientos sociales desperdigados por la modernidad en los que fue común adoptar una reacción defensiva ante la destrucción de las formas tradicionales de vida y en los que, a diferencia de los programas y actuaciones más

elaboradas de los movimientos clásicos de emancipación, el rechazo de esos efectos provocados por una modernización social capitalista percibida como amenaza se materializó en actitudes y acciones colectivas, en mayor o menor medida, de corte populista y tradicionalista³⁹. Este selectivo entronque histórico de los NMS con las claves del 'extraño interior'⁴⁰ nos pone sobre la pista de dos rasgos que resultan diferenciales por contraste con el movimiento obrero organizado, contemplado como una hornada superior a la de aquellos otros movimientos sociales modernos, rasgos que le permiten a Habermas además identificar algunos elementos de la novedad de los MS e incluso calificarlos de "neopopulistas": su composición social no clasista y el carácter defensivo de su crítica al crecimiento⁴¹.

Por un lado, los NMS no se corresponden con grupos sociales definidos. Antes bien, reclutan de entre todos los estratos sociales y de los más variados ámbitos profesionales a los individuos que se comprometen activamente con 'causas' diversas y que, identificándose a sí mismos como 'pueblo' o uniéndose en iniciativas ciudadanas, sustituyen a la clase trabajadora (entre tanto integrada socioculturalmente) en el papel de portadores de la resistencia social. Por otro lado, los NMS responden a formas de conciencia y manifiestan potenciales de protesta con los que reaccionan a conflictos que ya no son subsumibles bajo categorías de la lucha de clases, que ha quedado entre tanto normalizada. Bajo las condiciones estructurales del capitalismo desarrollado y del Estado benefactor, no sólo han enmudecido los clásicos potenciales de protesta que se atenían en lo esencial al patrón de la distribución; también se generaliza y populariza un malestar cultural que "enraíza

³⁹ Véase Habermas, 1981, Bd. 2, pp. 577-578 / 1987, vol. 2, p. 557; también Habermas, 1981, Bd. 1, p. 300 / 1987, vol. 1, p. 286; Habermas, 1981, Bd. 2, pp. 474, 507, 519 / 1987, vol. 2, pP. 455, 487, 499; Habermas, 1985b, 190-191, 200 / 159-160, 169. Como veremos enseguida, la unilateralidad de esa afirmación sobre el entronque histórico de los NMS merece alguna matización en el caso de "los dos grandes movimientos de emancipación de nuestra época, el movimiento americano de los derechos civiles y el movimiento feminista internacional" (Habermas, 1981c, p. 434 n. 15).

⁴⁰ Sobre la penetrante metáfora del 'extranjero o extraño interior', véase más atrás, nuestra nota 9.

⁴¹ Aparte de Habermas, 1981, Bd. 2, pp. 576-577 / 1987, vol. 2, p. 555-557, en adelante tomo en consideración «Diálogo con Herbert Marcuse (1977)» (Habermas, 1981b, pp. 318-319 / 1986, pp. 282-283) y otros textos que datan de 1977-1980 (Habermas, 1981c, pp. 478, 493, 495, 429-430), pasajes en los que Habermas conviene con Marcuse en apreciar en los NMS una predominante tendencia "neopopulista" y un alejamiento del potencial de protesta clásico, representado por el movimiento obrero organizado; véase también la discusión un tanto engorrosa de ambos asuntos entablada en la entrevista de 1981 «Dialéctica de la Racionalización» (1985b, pp. 193-201 / 1987, pp. 162-169).

en las reacciones profundas a una modernización social que... interviene cada vez más en la ecología de las formas vitales maduras, en la estructura comunicativa interna de los mundos de la vida históricos. Por eso, las protestas neopopulistas expresan miedos crecientes a una destrucción del medio urbano y natural, a la destrucción de las formas de convivencia humana"⁴².

Ambas novedades, el que carezcan de una cohesión específica de clase y el que sus orientaciones políticas vengan de un rechazo de situaciones percibidas -más que analizadas- como riesgos y peligros, asemejan a los NMS en cierto modo al populismo tradicional. Pero también confieren un rango postradicional al neopopulismo de los NMS más 'inconformistas o resistentes'. Estos ya no se atrincheran en mundos de la vida tradicionales, como fue el caso del populismo tradicional, por reacción a la monetarización y burocratización que los violentó en las modernas sociedades capitalistas y durante la formación de los Estados nacionales. Antes bien, todos los NMS se mueven bajo las condiciones de las sociedades de masas del Estado social y algunos de ellos, inmersos en las sociedades pluralistas y modernizadas del tardocapitalismo, articulan además formas innovadoras de acción colectiva⁴³. Dado que esa pertenencia a mundos de la vida racionalizados les pone al menos en situación de registrar, plantear e incluso contestar a muchos problemas actuales mejor que los proyectos vinculados a la ortodoxia marxista⁴⁴ (y mejor que los programas socialdemócratas delineados aún por la utopía del trabajo), Habermas no sólo sospecha del aspecto antimoderno de la crítica postmarxista al crecimiento. Como veremos, también valora el aspecto innovador y aún emancipatorio, por más que defensivo, asociado al genuino carácter postradicional de las mentalidades y expresiones de protesta que activan e incluso difunden algunos de esos NMS.

En segundo lugar, entre los NMS de los setenta y el movimiento estudiantil de los sesenta Habermas detecta una continuidad espolvoreada de disimetrías. El auge

⁴² Habermas, 1981c, p. 451. En otro lugar, Habermas (1985b, p. 197 / 1987, p. 165) anota que esta "radicalización ha tenido lugar por una fluidez y permeabilidad de los conflictos culturales".

⁴³ Véase en especial Habermas, 1981, Bd. 2, pp. 579 / 1987, vol. 2, p. 558 y 1985b, p. 197 / 1987, p. 165.

⁴⁴ Conviene no olvidar la reiterada crítica de Habermas de que la teoría marxista no puede discriminar entre los mundos de la vida tradicionales volatilizados por la modernización social y la "diferenciación estructural de las formas de vida que hoy están amenazadas en su infraestructura comunicativa" (Habermas, 1985b, p. 200 / 1987, p. 169). Véase también Habermas, 1981b, p. 319 / 1986, p. 283 y Habermas, 1981, Bd. 2, pp. 501-503, 513 / 1987, vol. 2, pp. 481-483, 494.

de los NMS se sitúa en una escena social y política en la que se ha ido imponiendo un cambio de tendencia y acallando el potencial contestatario de un movimiento estudiantil que pudo aglutinarse sobre una base social más o menos homogénea y en una coyuntura económica favorable, así como entenderse a sí mismo, bien que de modo ilusorio, como una fuerza catalizadora de la lucha de clases según el modelo de la autogestión obrera. Pese a que también parten de los ámbitos públicos y privados del mundo de la vida y a que por lo general tampoco son absorbidos por los partidos en boga, los NMS cuentan ya con una base social más amplia y diversificada, no sólo estudiantes y trabajadores en las universidades, y se mueven en condiciones bien distintas de recesión económica y desempleo creciente⁴⁵. Pero lo realmente decisivo es que esos NMS, y en especial el movimiento alternativo y el ecologista, prosiguen a modo de herederos neopopulistas una mutación de sensibilidades, actitudes y valores de la cultura política que adquirió su expresión pionera en el movimiento estudiantil y que, al igual que éste, trasladan esos nuevos registros de valores y actitudes a formas de protesta que manifiestan un potencial diferencial cagado de ambivalencia.

En relación con esta continuidad de fondo, radicada en el malestar cultural exacerbado por el "crecimiento del complejo económico-administrativo (que) provoca procesos de erosión en el mundo de la vida (racionalizado)", Habermas da acuse de recibo de la "revolución silenciosa", la expresión con que Ronald Inglehart (1977) había cifrado el proceso que desde los años sesenta transita 'con patitas de paloma', por decirlo con Nietzsche, desde una cultura política impregnada de valores materialistas y virtudes burguesas hacia una cultura política de la participación,

⁴⁵ Para estas comparaciones, véase en especial Habermas, 1981c, pp. 493, 495, 477-478; Habermas, 1985b, pp. 187, 199 / 1987, pp. 156, 168. En «Entrevista con la *New Left Review* (1984)» (1985b, pp. 249 / 1987, pp. 215-216), ya con una mirada más positiva sobre las posibilidades de los NMS, Habermas perfila esa disimetría dentro de la continuidad con el movimiento estudiantil señalando además que, en comparación con éste, los NMS tienen una actitud más defensiva y menos articulada, pero son más realistas y más concretos en cuanto a la evaluación correcta de la situación. Otros pasajes posteriores de los años ochenta reincidirán en los aspectos filomarxistas del movimiento de protesta de finales de los años setenta (por ejemplo, en 1985b, p. 145 / 1987, p. 118), pero subrayando siempre el sentido revolucionario y transitivo del cambio de la cultura política al que aludo a continuación.

animada por valores postmaterialistas y virtudes postburguesas⁴⁶. Como veremos, tal transvaloración cultural comporta el "recubrimiento" de las líneas de conflicto de la "vieja política", concentrada en los temas de la estabilidad económica y de la seguridad interior y militar, por las tensiones de una "nueva política" que amplía tanto el espectro y la relevancia de los temas de interés público cuanto el frente de las demandas y exigencias que se articulan públicamente dentro del mundo de la vida.

2.2.2. Aparte de esos deslindes externos, Habermas separa (con las reservas que enseguida veremos) el excepcional carácter crítico y emancipador del movimiento feminista, cuyo empuje universalista aún retiene "la fuerza de choque de un movimiento ofensivo... a la conquista de nuevos territorios", del carácter defensivo del resto de NMS, orientados a "la *contención* de ámbitos de acción formalmente organizados en favor de los estructurados comunicativamente". Además distingue dentro de éstos últimos, más ambivalentes, entre los que defienden intereses "de estamentos posesivos tradicionales y sociales" o patrones convencionales de identidad colectiva y los que apuestan más bien por un activismo "que opera ya desde el suelo del mundo de la vida racionalizado y experimenta nuevas formas de cooperación y convivencia". A los primeros, los que están "vuelto hacia atrás", les etiqueta con la metáfora militar del "repliegue"; a los segundos, más "progresivos", con la de la "resistencia"⁴⁷.

Habermas no desconoce la imponente trayectoria histórica del movimiento feminista, pero en su última etapa le alinea entre los NMS. Una vez acallada la implosión del movimiento usamericano de los derechos civiles, únicamente en él detecta la herencia 'ofensiva' de los movimientos emancipatorios de la tradición burguesa y socialista en razón de que prosigue y aun radicaliza la orientación 'universalista' por el principio de igualdad⁴⁸. Considera que, a diferencia de los otros NMS, su potencial crítico especial y su lucha contra la opresión patriarcal mantienen

⁴⁶ Véase Habermas, 1981c, p. 431 y 1981, Bd. 2, pp. 576-577 / 1987, vol. 2, p. 556, pasajes que se hacen eco de las investigaciones de Ronald F. Inglehart, Kai Hildebrandt y Russell J. Dalton y que ponen en relación el nuevo tipo de conflictos y el cambio latente de valores.

⁴⁷ Los entrecomillados, en Habermas, 1981c, p. 478, 496; 1981, Bd. 2, pp. 578-579 / 1987, vol. 2, p. 558.

⁴⁸ Véase Habermas, 1981c, p. 430, 495; 1981, Bd. 2, pp. 578 / 1987, vol. 2, p. 558, de donde se entresaca el siguiente entrecomillado en el texto.

una vocación internacionalista y no viven ideológicamente de motivos ocasionales, sino de "una promesa anclada desde hace tiempo en los fundamentos universalistas de la moral y del derecho", esto es, de la igualdad de derechos y de la inclusión política. Pero también es consciente de que el movimiento feminista incorpora atinadas críticas a las concepciones formales y materiales de la igualdad, que habían sido sostenidas por las teorías burguesas y por el marxismo, y que su ideario va más allá de la exigencia generalizadora de la igualdad para adentrarse en cuestiones de la liberación de las mujeres y de la defensa de cualidades específicas con las que se urden identidades y subculturas.

Dado que el feminismo cuestiona estructuras de dominación dentro de los espacios públicos y privados y, por tanto, intenta "no sólo establecer la igualdad *formal* de derechos y eliminar privilegios masculinos, sino también derribar formas concretas de vida marcadas por monopolios masculinos", Habermas juzga también que ese movimiento porta "'a priori' un potencial crítico" de orientación universalista y que comparte con los otros NMS un momento de particularismo con rasgos defensivos⁴⁹. Por un lado, y a diferencia de otros NMS que buscan "el mantenimiento o la restauración de formas de vida que han sido transmitidas históricamente", para el movimiento feminista ya "no hay vuelta atrás o *status quo ante* deseable o recuperable", sólo posibilidades de avance. Pero, por otro lado, ese avance puede tornarse en retroceso en tanto en cuanto dicho potencial no tradicional de crítica contiene un "núcleo particularista" al concentrarse en la redefinición de identidades, normas y valores, dentro de formas concretas de vida que han de ser liberadas no sólo en aras de la democratización, sino también con criterios excluyentes de peculiaridades concretas o incluso con dudosos patrones puramente defensivos e idiosincrásicos de la feminidad o la maternidad⁵⁰. De hecho, Habermas expresa el temor de que ciertos sectores feministas corran parejo destino que otros sectores que impulsaron el movimiento usamericano de los derechos civiles, a saber, una retirada

⁴⁹ Véase Habermas, 1981c, p. 496; 1981, Bd. 2, pp. 579 / 1987, vol. 2, p. 558, de donde proceden las citas en el texto. A la vista de estos pasajes, Cohen y Arato (1992, p. 529) concluyen que "según Habermas, la dimensión emancipadora del feminismo no implica nada nuevo, en tanto que la nueva dimensión del feminismo adolece de las mismas desventajas que los otros nuevos movimientos".

⁵⁰ Esta apreciación acerca de la 'ambivalencia del feminismo' reaparece aún al final de su escrito de 1983 sobre Georg Simmel; véase Habermas, 1991, pp. 168-169 / 1996, p. 187-188.

hacia categorías atributivas o biológicas de género en cierto modo análoga al repliegue de las subculturas negras hacia una autoafirmación colectiva sobre la base de rasgos naturales y adscriptivos⁵¹.

Por lo demás, en esa discusión menciona un hecho sobre la particularidad de los valores femeninos que adquirirá una enorme relevancia en su ética del discurso y después en sus presentaciones de las políticas de la lucha por el reconocimiento, en ambos casos como resultado de la confrontación con los enfoques feministas en ética y en teoría política: "a causa del legado histórico de la división sexual del trabajo a la que estuvieron sometidas en la familia nuclear burguesa, las mujeres disponen de virtudes distintas, de un registro de valores complementario al del mundo masculino y opuesto al de una práctica cotidiana unilateralmente racionalizada"⁵². Pero, por el momento, esa apreciación se limita a reincidir en la idea de que el feminista no deja de coincidir con los otros NMS en el esencial elemento particularista de una lucha parcelada por la identidad y en sus marcas defensivas contra la colonización del mundo de la vida. Como indica la anterior referencia al 'legado histórico de la división sexual del trabajo', esa posición a la defensiva recorre una parábola histórica que va desde la percepción e impugnación del "hecho de que el proceso económico capitalista transgrede un (ámbito) reservado que, en cierto modo, siempre estuvo protegido en la sociedad occidental por la familia burguesa, especialmente en las clases medias"; hasta la percepción y la contravención de la actual situación vulnerable de las mujeres que, añadida a sus roles tradicionales de clientes y trabajadoras, las desprotege desde el punto de vista de las nuevas necesidades del mercado de trabajo y de las garantías jurídicas del Estado social.

Por otro lado, entre los movimientos de repliegue Habermas incluye los que desatan protestas de estamentos pudientes que miran por sus intereses, en lo cual advierte un peligro de insolidaridad colectiva. También el caso de la mayoría de los movimientos autonomistas, cuya importancia internacional no niega, pero siempre con la mirada puesta en la situación federal alemana como un punto de no retorno al nacionalismo. Frente a los que se repliegan, los movimientos de resistencia activa

⁵¹ Véase Habermas, 1981c, p. 434 n. 15; 1981, Bd. 2, pp. 578 y 580 / 1987, vol. 2, p. 558 y 560.

⁵² Habermas, 1981, Bd. 2, p. 579 / 1987, vol. 2, p. 558; también 1991, p. 168-169 / 1996, p. 187. La siguiente cita dentro del texto procede de Habermas, 1981c, p. 496.

ofertan con su crítica al crecimiento algo innovador: una gran sensibilidad ante problemas, como los suscitados por los temas ecológicos o pacifistas, que antes quedaban al margen de las agendas políticas. Entre esos sucesores del movimiento estudiantil cita al movimiento juvenil y alternativo y a los "verdes".

2.2.3. Los anteriores deslindes apuntan, en suma, a la idea de que el carácter postradicional del neopopulismo de los NMS no les exime de la sospecha de que movilizan de hecho afectos antimodernos; que los NMS en general representan reacciones particularistas y defensivas; y que, en los que no se repliegan con sus protestas en el conformismo, la perspectiva universalista de la emancipación se ha tornado una "resistencia contra las tendencias de la colonización del mundo de la vida"⁵³. Esta tesis de la 'emancipación como resistencia' da expresión a la exteriorización contemporánea de la experiencia del 'extraño interior'; identifica los conflictos y los potenciales de protesta emergentes a lo largo de las suturas entre el sistema y el mundo de la vida y en torno a los roles por los que se canalizan los imperativos sistémicos dentro de los espacios públicos y privados de las formas de vida. Pese a resultar unilateral incluso medida con las propias aportaciones de *TkH*, esa tesis contiene las claves teóricas de posteriores rectificaciones que reconsideran el enclave sociopolítico de la esfera pública en un nuevo trazado de límites dentro del esquema sociológico de la división de poderes.

Como vimos, la tesis de la colonización interna es detallada en el caso del Estado social del bienestar con el modelo de intercambios. Vehiculados por los canales relacionales de los cuatro roles, los intercambios implementan una red de compensaciones que pacifican el mundo del trabajo y neutralizan la participación política, pero también generan desajustes dentro de los ámbitos del mundo de la vida que ya no pueden ser controlados por tales compensaciones. Ahora bien, el análisis también incluye una visión dual de la política, entendida como el elemento del subsistema estatal y como el elemento del mundo de la vida racionalizado, e igualmente del poder político, entendido como el medio de control sistémico y como un potencial de razones. Ambas modalidades se encuentran e interfieren en la esfera

⁵³ Habermas, 1981, Bd. 2, p. 579 / 1987, vol. 2, p. 559; también Habermas 1981, Bd. 1, p. 10 / 1987, vol. 1, p. 12; 1981, Bd. 2, p. 582 / 1987, vol. 2, p. 562 y Habermas, 1981c, p. 431.

pública postliberal. Esta, por su parte, aparece en primera instancia como un ámbito social en el que se efectúa la mediatización y la colonización, de lo cual Habermas deriva un diagnóstico final de la inherente ambivalencia del potencial movilizado sobre todo por los medios de comunicación de masas. El análisis de los NMS no es independiente de esta perspectiva.

Los NMS que trasladan la emancipación a formas de resistencia locales pertenecen a mundos de la vida racionalizados donde, a diferencia de los movimientos populistas tradicionales, se ha ampliado el horizonte de lo que pueden percibir como problemas. Tales NMS atestiguan el traslado de la vieja política que gira en torno al problema de la distribución hasta la nueva política en torno a los problemas de las formas de vida. Los valores, actitudes y formas de acción de los NMS son reacciones sensibilizadas a "los nuevos conflictos (que) surgen en los puntos de sutura entre sistema y mundo de la vida", esto es, en torno a los cuatro roles sociales, que "son precisamente los blancos de la protesta"⁵⁴. En tanto que agentes de la nueva política que no se organizan ni como partidos políticos ni como grupos de interés, orientan su acción colectiva hacia la 'contención' de los envites sistémicos dentro de las esferas pública y privada. Pero la racionalización del mundo de la vida en el que se inserta la perspectiva de la emancipación como resistencia también pide medidas ofensivas, las de reconquistar el mundo de la vida. Ahora bien, Habermas mantiene que los NMS manifiestan potenciales ambiguos y que se mueven dentro de una tendencia de la desdiferenciación. Incluso considera ilusoria la programática de crear contrainstituciones. En suma, aunque cree comprender mejor la razón de ser de los NMS, el decepcionante tratamiento de *TkH* no parece justificar el relativo optimismo que, pese a todo, aún parece abrigar Habermas sobre las posibilidades de cambio social por parte de esos agentes sociales⁵⁵.

Pese a todo, esa presentación de los NMS ha de ser vista con cierta distancia. Conviene relativizarla porque no casa con posiciones sostenidas antes y después de *TkH*. Desentona con algunas de las interpretaciones del movimiento estudiantil que Habermas expuso desde finales de los años sesenta a mediados de los setenta. No se

⁵⁴ Habermas, 1981, Bd. 2, p. 581 / 1987, vol. 2, p. 560. Para lo que sigue, véase en la misma obra las pp. 576-577, 581-582 / pp. 555-556, 560-561, así como Habermas 1981c, pp. 432, 451.

⁵⁵ Giddens (1985, pp. 98, 110-111, 120-121) sugirió en su día que, a fin de cuentas, este resultado no está muy alejado de lo que Weber hubiera podido decir de los movimientos religiosos radicales.

compadece tampoco con el posterior relanzamiento de los mismos como agentes que movilizan el recurso mundo-vital de la solidaridad y prosiguen así la racionalización de la política. Los NMS adquirirán una suerte de posición estratégica en la difusa franja 'sociopolítica' dentro del modelo de la 'mediatización del mundo de la vida' derivado del esquema general de la 'división de poderes'. Esta revalorización, expresada en publicaciones de los años ochenta, invertirá la metáfora militar de la emancipación como resistencia o, mejor dicho, la visualizará con una política dual, ofensiva y no sólo defensiva. Las claves teóricas de esa evolución posterior se encuentran ya en *TkH*. Tal como lo dibuja esta obra, el 'tránsito político desde el sistema de las necesidades al de las instituciones' no sólo persigue las consecuencias del sentido sistémico del tardocapitalismo del Estado social; apunta también a una prosecución del significado normativo de la democracia que, entendida en el sentido político del modelo del trazado de límites, comporta una concepción de la *democracia radical*. Esta dualidad resulta de las tendencias contrarias que Habermas destaca a partir de su tesis del desacoplamiento y del reacoplamiento mediante el derecho: la mediatización del mundo de la vida por las coacciones sistémicas y la contención del sistema por parte del marco institucional pasarán a ser consideradas perspectivas analíticas igual de justificadas⁵⁶.

3. Funciones políticas de la Esfera pública. El modelo del conflicto de límites

Los últimos tramos del libro sobre el 'discurso filosófico-político de los modernos' se apoyan en «La crisis del Estado del bienestar y el agotamiento de las energías utópicas (1984)»⁵⁷. Ambos textos retoman temas de *TkH* para impulsar la idea central de que la esfera pública es el emplazamiento sociopolítico de una democracia radical en la que los ciudadanos han de influir, por la vía de los discursos públicos, sobre los procesos institucionalizados de toma de decisiones. Con ello disponen un cambio en

⁵⁶ Véase Habermas, 1981, Bd. 2, p. 275-276 / 1987, vol. 2, p. 561; y 1986, p. 392.

⁵⁷ Habermas, 1985, 390-445 / 1989, pp. 397-453; especialmente las pp. 415-425, 426-436 / 422-433, 435-445; y Habermas, 1985b, pp. 141-163 / 1987, pp. 113-134. Habermas (1985b, p. 7 / 1987, p. 7) presenta los escritos recopilados en *Die Neue Unübersichtlichkeit. Kleine Politische Schriften V* como las "tomas de posición del contemporáneo político ante los temas de la actualidad" que se complementan con el "trasfondo de historia de las ideas" discutido en *Der philosophische Diskurs der Moderne*.

la dirección de la metáfora de la emancipación como resistencia que responde a un avance del 'desplazamiento político dentro de la división de poderes'⁵⁸ y que aún tendrá a finales de los años ochenta una ulterior reelaboración con la metáfora de la 'ciudadela acosada'. El último tramo de este artículo no se adentra en estos textos posteriores y su 'modelo del asedio' de cuño democrático-radical ni, por ende, en las decisivas correcciones y reelaboraciones realizadas luego en *Facticidad y validez*, cuyo 'modelo de las esclusas' rectificará a su vez dicho 'modelo del asedio' (Habermas, 1994). El presente artículo se limita, pues, a constatar que el avance en la tesis sociológica de la división de poderes sociales patente en los textos habermasianos de mediados de la década de los ochenta potencia el marco institucional del mundo de la vida racionalizado para, sobre la base de un diagnóstico atento a las ambivalencias de la época, presentar una concepción postmarxista de democracia radical que gira en torno a un 'modelo del conflicto de límites' y que incluso aventura propuestas "provisionales y hasta imprecisas... en la tierra de nadie normativa" de una suerte de posibilismo político.

El modelo del conflicto de límites aparece entonces como el colofón de las "enseñanzas (extraídas) de nuestras experiencias con el compromiso del Estado social", como "el resultado del proceso de desencanto (que ha deparado) una nueva conciencia en la que el Estado social se hace en cierto modo reflexivo y se dirige a la doma no sólo de la economía capitalista, sino del propio Estado"⁵⁹. Esas enseñanzas del "desencanto histórico sobre un proyecto del Estado social coagulado en burocracia" agudizan la 'mirada estereoscópica de lo político' en la que pasa a primer plano el concepto dual, normativo e instrumental del poder político.

En las páginas que restan recuerdo primero (en 3.1.) que, en su diagnóstico sobre la crisis del Estado del bienestar a mediados de la década de los ochenta, Habermas

⁵⁸ Este avance teórico se corresponde con un cambio en la situación política de la República Federal de Alemania. Habermas abandona la dirección del Instituto Max Planck de Starnberg en 1981 y retorna a la docencia en la Universidad de Fráncfort en abril de 1983. Entre tanto tienen lugar el último periodo de Helmut Schmidt, desde las elecciones federales de octubre de 1980 hasta el final de la coalición social-liberal en el otoño de 1982, y la toma de poder del nuevo gobierno tras las elecciones del 6 de marzo de 1983. El siguiente entrecomillado al final del párrafo está extraído de Habermas, 1985b, p. 7 / 1987, p. 7.

⁵⁹ Habermas, 1986, p. 392; 1985, pp. 420-421 / 1989, p. 428; 1985b, p. 157 / 1987, p. 129. Las citas en el texto, en Habermas, 1985, pp. 420, 423 / 1989, p. 428, 430 y 1985b, p. 160 / 1987, p. 132.

vuelve a recurrir al modelo de intercambios para contestar a tres diagnósticos del presente enfrentados entre sí, si bien, a diferencia del trazado de límites de *TkH*, que destacaba las líneas defensivas de resistencia a la par que el antimodernismo de los movimientos neopopulistas, Habermas no deja de apoyarse esta vez en los NMS para avanzar en el proyecto de la 'prosecución reflexiva del Estado del bienestar'. Para finalizar, señalo (en 3.2.) que este proyecto pone en perspectiva un 'nuevo trazado de la división de poderes' y recupera modificándola la mirada al doble concepto de la política. Dirigida en términos normativos a los procesos de la formación de la voluntad y la opinión en la esfera público-política y en términos funcionales a la administración pública del Estado social, esa mirada se agudiza ahora con la apreciación de lo político que, canalizado desde dentro de la esfera pública, puede reorientarse hacia una 'doma social' tanto de la economía capitalista cuanto del propio Estado social. En el planteamiento habermasiano de entonces, dicha mirada puede llegar a orientar una 'continuación reflexiva del Estado del bienestar' porque proyecta una "combinación de poder y autocontención inteligente" de las esferas públicas autónomas y capaces de organizarse a sí y por sí mismas que, en tanto que intersubjetividades de orden superior, soportan y articulan procesos de la formación discursiva de la voluntad y de la opinión.

3.1. No obstante la 'anemia práctica' de *TkH*, su análisis de la modernización capitalista como una racionalización selectiva respondía al 'motivo político de fondo' de explicar la crisis del Estado social y de contestar a los diagnósticos antimodernos de la sociedad contemporánea. En los textos del primer lustro de los ochenta en los que aquel motivo pasa a primer plano, la estructura de compromiso del Estado social vuelve a ser calibrada con el modelo de intercambios y la evidencia de su crisis vuelve a dar ocasión de discutir las tres posiciones coetáneas que representan "reacciones más o menos perplejas", en un medio político-cultural de creciente impenetrabilidad, "ante el dilema de que el capitalismo desarrollado no pueda vivir sin el Estado social ni tampoco con su ulterior ampliación"⁶⁰. Pero ahora, en un contexto marcado por las medidas del nuevo gobierno federal en Alemania, por el

⁶⁰ Habermas, 1985b, p. 152 / 1987, p. 124. Esta formulación procede de Claus Offe (1984).

auge internacional del neoconservadurismo y por las masivas movilizaciones antimisiles, Habermas involucra en ambas tareas teóricas no sólo una revalorización crítica más explícita tanto de los logros del Estado social cuanto de la alternativa política de los NMS de resistencia activa, sino también la propuesta más ambiciosa de la prosecución reflexiva del Estado social.

Como ocurría en *TkH*, el modelo de la Figura 1 permite identificar las estructuras de compromiso del Estado social y las repercusiones de sus costes económicos y culturales que evidencian su crisis⁶¹. El modelo de intercambios sigue presente cuando Habermas recoge una contribución de Claus Offe (1984) que cuadra con lo expuesto en *TkH* y discute tres frentes de respuesta política e intelectual a la crisis del Estado del bienestar: el legitimista, el neoconservador y el disidente de los críticos del crecimiento⁶². Para razonar que cada uno de esos frentes descompensa a su modo el equilibrio en la división de poderes, Habermas se vale de tres reagrupamientos que difieren de los que veíamos en *TkH* y que completan la doble perspectiva (sistémica y normativa) del modelo de intercambios. Por un lado, legitimistas y neoconservadores enfrentan soluciones a la crisis que basculan dentro de la lógica sistémica de la política, mientras que los disidentes de la sociedad del crecimiento son los principales portadores de una nueva política dentro del mundo de la vida. Por otro lado, frente al continuismo legitimista de la socialdemocracia, los críticos disidentes "tienen una actitud ambivalente ante el Estado social" y el neoconservadurismo lo ataca enérgicamente e incluso emprende su desmantelamiento. No obstante, este agrupamiento se corrige con otro decisivo. Pues, aunque los tres bandos "se mueven en el medio de un espíritu de la época que sigue estando a la defensiva", la despreocupada tentativa de ataque neoconservador contrasta con el conformismo de los legitimistas que "se encuentran por todas partes en retirada" y son los críticos disidentes quienes aparecen como los esperanzadores depositarios y dignos continuadores de las mejores esencias del proyecto del Estado del bienestar.

⁶¹ Véase especialmente Habermas, 1985b, pp. 63, 147 / 1987, pp. 35, 119-120.

⁶² Los reagrupamientos en esta triple clasificación (y los entrecomillados del texto) se extraen de Habermas, 1985b, pp. 62-65, 152-157, 248-249 / 1987, pp. 34-37, 124-129, 215-216 y de Habermas, 1985, pp. 413-414, 419-421 / 1989, pp. 420-422, 426-429.

Los diagnósticos contrapuestos de legitimistas y neoconservadores ante el presente y el futuro del Estado del bienestar comparten una básica afirmación de la sociedad industrial, una sobrevaloración de la economía y el Estado como motores de la modernización social y, por ende, una visión productivista del progreso. Para aspirar a "una modernización social liberada en lo posible de la crisis", ambos se someten a "la lógica de una política ajustada a los imperativos sistémicos" en la que se disputan "la distribución correctamente dosificada de las cargas de los problemas entre los subsistemas": los que ven la causa de la crisis en "la dinámica desenfrenada de la economía" prescriben la terapia intervencionista de la "doma social del capitalismo" y los que encausan a "las trabas burocráticas" sobre la economía optan por la curación por parte del mercado, esto es, por devolverle a éste los problemas de la planificación estatal. La perspectiva sistémica de lo político también marca la pauta para identificar las perturbaciones sistémicamente inducidas e imponer cierto paternalismo sobre un mundo de la vida al que se quisiera desacoplado y desactivado. Tanto si ven la fuente del malestar cultural en la monetarización del trabajo o en la paralización burocrática de la iniciativa privada, ambos delegan en una correcta complementación funcional de los subsistemas la misión de proteger de las propias injerencias sistémicas a los ámbitos del mundo de la vida y asignan a éstos un papel pasivo, desvinculado y dependiente con respecto a aquéllos. Por el contrario, los críticos del crecimiento son los disidentes de la sociedad industrial y componen una abigarrada "alianza antiprodutivista" que en lo esencial se vuelve, por un lado, contra la política sistémica y, por otro, hacia la defensa del mundo de la vida, donde reactivan formas políticas alternativas. Perciben con mayor claridad que la monetarización y la burocratización amenazan por igual al mundo de la vida y quieren fortalecer la autonomía de éste creando organizaciones autogestionadas con las que poder llegar a contener la dinámica de los subsistemas.

El sorprendente agrupamiento de *TkH* desconfiaba de cierta connivencia antimoderna de los NMS con el neoconservadurismo. Aunque sigue considerando que ambos frentes ponen en cuestión el compromiso del Estado social, Habermas matiza ahora dicho agrupamiento teniendo a la vista que el continuismo socialdemócrata queda en solitario. Por un lado, Habermas completa su crítica al programa neoconservador destacando tres de sus componentes doctrinarios:

adelgazar el intervencionismo del Estado en aras de una política económica orientada a la oferta, desacoplar la administración de las exigencias de legitimación y buscar fórmulas culturales sustitutorias en la esfera pública para reafirmar los trasuntos de la substancia cuestionada de valores y tradiciones. Por otro lado, ahora enfatiza que el cuestionamiento del Estado social proviene en los NMS de la percepción de que el intervencionismo estatal no es menos inocente que la furia del mercado y de que el poder administrativo no es un medio inocuo al que se pueda disculpar sin más del tipo de iniquidades provocadas por el funcionamiento del dinero. A los ojos de Habermas, siempre pendientes de las ambivalencias, muchas de las propuestas de los críticos del crecimiento y la obtusa radicalidad de sus extremas disidencias siguen siendo sospechosas de nivelar la diferenciación de los mundos racionalizados de la vida de las sociedades modernas, una 'desdiferenciación' que, como ocurriera en *TkH*, atañe a los cuatro roles sociales del modelo de intercambios.

Pero esa apreciación residual se corrige ahora con el desiderátum de hacer de la necesidad de un escenario político defensivo, marcado por la evidencia de que "el desarrollo del Estado social ha entrado en un callejón sin salida", una virtual acometida que, "en vez de prescribir o dismantelar el proyecto del Estado social, lo prosiga en un nivel superior de reflexión". Mientras que "los legitimistas son hoy los auténticos conservadores que quieren estabilizar lo alcanzado" y perseveran en la pretensión de la 'sujeción social del capitalismo' mediante la planificación de la administración pública, los críticos del crecimiento se atrincheran en la disidencia negativa y sus propuestas de 'desdiferenciación' les sitúan por detrás de esa intuición reformista del proyecto del Estado social. Con todo, los críticos del crecimiento "son herederos del programa del Estado social en su componente democrático radical que los legitimistas han abandonado" y deben aprender de la pretensión política del proyecto del Estado del bienestar, la de la 'sujeción social del capitalismo'.

Para consolidar la influencia sistémica externa sobre la libertad del mercado, ese proyecto de las democracias de masas promovió históricamente "una combinación muy innovadora de poder y autocontención inteligente". La prosecución reflexiva del Estado social consiste, por tanto, extender la 'sujeción social' del mercado también al propio Estado intervencionista, sin seguir confiando dicha 'influencia contenida' o

'influencia en la autocontención' a la capacidad de planificación estatal. Este nivel de reflexividad más complejo consiste en traspasar ese proceder desde las instituciones estatales a la propia esfera pública y en conseguir un relevo de la 'influencia' desde una vieja política que ya no puede confiar en la neutralidad o inocencia del poder administrativo hasta una nueva política que moviliza los potenciales del poder comunicativo.

3.2. El argumento sociológico de *TkH* analizó la división de poderes de la integración social y propuso un trazado de límites con el modelo de las relaciones de intercambios. Para ello se concentró en la tesis de la mediatización/colonización y en la posibilidad de la 'contención' consistente en la defensa del mundo de la vida en torno a los roles tipificados en el modelo de intercambios. Como los intercambios estaban canalizados sólo por los medios de control, apenas si se contemplaba la posibilidad de otros canales alternativos por los que las instituciones del mundo de la vida pudieran influir sobre 'los ámbitos de acción organizados formalmente'. Ahora, en cambio, Habermas admite la unilateralidad de ese enfoque y pasa a defender que su teoría social justifica por igual el análisis de la colonización y el análisis de la 'contención democrática' de la dinámica de sistemas⁶³. Vimos que esa doble perspectiva cuenta con apoyos en el argumento de *TkH*. La linealidad del diagnóstico del presente se contrarrestaba con la descripción de las tendencias contrarias que, como resultado de la tesis del desacoplamiento, dibujaban una 'mediatización del mundo de la vida desde las coacciones sistémicas' y una 'contención del sistema desde el marco institucional del mundo de la vida'.

Pero ahora no sólo remarca la línea defensiva en los puntos de sutura entre sistema y mundo de la vida; también avanza hacia la línea ofensiva de nuevos umbrales para los intercambios entre el sistema y el mundo de la vida. Este avance confía en la existencia de tendencias contrarias a las de la colonización en las que los impulsos del mundo de la vida logran contener los imperativos sistémicos, y se

⁶³ En el prólogo a la tercera edición de *TkH* y en «Entgegnung», Habermas acepta la crítica de Johannes Berger (1986) e incorpora esta corrección. Véase también Habermas, 1990, pp. 138-139 / 1991, pp. 199-200 y 1995, pp. 75-76 / 1997, pp. 96-97. Para el recordatorio que sigue a continuación en el cuerpo del artículo, remito a Habermas 1981, Bd. 2, pp. 275-276 / 1987, pp. 261-262 y 1986, p. 392.

orienta por la posibilidad de que tales impulsos adquieran una configuración democrático-radical mediante las esferas públicas que se organizan desde sí mismas e influyan de ese modo en la autorregulación de los subsistemas⁶⁴. Los canales de influencia alternativos a los de los medios de control y el funcionamiento de nuevos umbrales en los intercambios de sistema y mundo de la vida exigirían "una relación completamente transformada entre las esferas públicas autónomas, autoorganizadas y los ámbitos de acción regulados a través del dinero y del poder administrativo". Por tanto, la crítica de la colonización se completa con el posibilismo político derivado de la "nueva división de poderes" entre los recursos de la integración social en la que "el poder socio-integrador de la solidaridad tendría que poder afirmarse contra los medios de control dinero y poder (administrativo)".

Esta metáfora de la división de poderes expresa que la reorientación ofensiva de la metáfora militar de la resistencia desde el énfasis de la colonización al énfasis en la influencia sobre el sistema político tiene ante todo un sentido democratizador, algo que se reforzará aún más en la metáfora del acoso en escritos posteriores, que revalorizará el carácter mediador del derecho como institución del mundo de la vida. Por ahora, el avance se concreta en la 'mirada estereoscópica' de la política que agudiza la concepción dual de la política y del poder político mediante las lentes de una interpretación democrático-radical e implica la pretensión de la doma social del propio Estado social⁶⁵.

Recuérdese que, según la doctrina de *TkH*, la política en tanto que asunto de la administración estatal y en tanto que asunto de la esfera pública se visualiza desde la perspectiva sistémica y desde la perspectiva del mundo de la vida. El subsistema estatal gestiona los recursos y la toma decisiones políticas que atañen al colectivo; la esfera del mundo de la vida es el foro de los procesos de legitimación. La perspectiva sistémica que tematiza el poder administrativo como medio de control sistémico relega el concepto comunicativo del poder político al presentar la esfera pública como el entorno objetivado del sistema político y al priorizar la función sistémica del suministro de legitimación. La perspectiva del mundo de la vida prioriza la

⁶⁴ Las próximas citas dentro del párrafo se extraen de Habermas, 1985b, pp. 156-158 / 1987, pp. 129-130 y 1985, p. 422 / 1989, pp. 429-430.

⁶⁵ Para lo que sigue, véase en especial Habermas, 1986, p. 389; 1985b, pp. 157-159 / 1987, pp. 130-131 y 1985, p. 418-421 / 1989, pp. 425-428.

autonomía de los valores de uso de los ciudadanos que participan en la formación de una conciencia colectiva mediante discursos públicos que fundan la legitimidad del sistema político.

En cambio, la mirada estereoscópica de la prosecución reflexiva del Estado del bienestar busca un reequilibrio en las fuentes de integración social en favor del marco institucional del mundo de la vida. En éste, las esferas públicas interconectadas con los ámbitos privados de la vida se constituyen como 'intersubjetividades de orden superior' que tienen la capacidad de sostenerse y organizarse a sí mismas siempre y cuando extraigan "su fortaleza de los recursos de los mundos de la vida profundamente racionalizados" y mientras "no están generadas ni sostenidas por el sistema político con el fin de procurarse legitimación"⁶⁶. Eso significa que no desconectan de las prácticas y espacios privados cuando generan y articulan flujos de comunicación con los que se entablan y articulan procesos de formación de la voluntad y la opinión colectivas; y que cuando utilizan los medios de comunicación no están intervenidas por el sistema político y son capaces de alcanzar un nivel de reflexión superior "por debajo del umbral de los aparatos de los partidos". Esas esferas públicas funcionan porque los medios de comunicación de masas les facilitan la difusión de contenidos y la intercomunicación y porque les dan acceso a un tipo de influencia alternativo al de los medios de control. Si funcionan de manera inteligente y disciplinada pueden por esa vía dar lugar a un tipo de "influencia indirecta y estimulante" que, como en el caso de los NMS, tendría un carácter ofensivo a la par que defensivo y se ceñiría a la "tarea que tiene prioridad en la continuación prosecución reflexiva del proyecto del Estado social", esto es, a contribuir al proceso de racionalización del mundo de la vida y repercutir sobre las instituciones existentes y sobre el propio funcionamiento de los subsistemas, particularmente sobre el subsistema político:

"Los ámbitos vitales que se han especializado en transmitir valores admitidos y bienes culturales, integrar a los grupos y socializar a adolescentes, siempre han dependido de la solidaridad. En esa misma fuente tendría que crearse también una

⁶⁶ Para lo que sigue, incluidas las citas, sobre las esferas públicas no intervenidas que movilizan y explotan el poder comunicativo, véase en especial Habermas, 1985b, pp. 159-160 / 1987, pp. 131-132 y 1985, pp. 422-423 / 1989, p. 430.

formación de la voluntad política que ha de ejercer influencia, por un lado, sobre la delimitación y el intercambio entre estos ámbitos vitales estructurados comunicativamente y, por otro lado, sobre el Estado y la economía"⁶⁷.

La tarea prioritaria del proyecto del Estado social depende, pues, de que las esferas públicas con capacidad de organizarse a sí mismas lleguen a "alcanzar la prudente combinación de poder y de autocontención inteligente que es necesaria para sensibilizar a los mecanismos de autocontrol del Estado y de la economía ante los resultados orientados a fines de la formación democrático-radical de la voluntad"⁶⁸.

Conclusión

El sentido político del 'modelo del conflicto de límites' se sigue de suyo de la arquitectura sociológica con la que en *TkH* se aprehende el destino de los modernos. Ciertamente es que dicha obra se decantaba por elaborar un instrumental adecuado para analizar la colonización del mundo de la vida, marginando el análisis del tipo de instituciones que pudieran servir al control democrático sobre la economía y el Estado. Por ello, la oferta política del argumento de la 'división de poderes' se saldaba con una posición defensiva para con los espacios públicos y privados que se entrecruzan en los componentes estructurales del mundo de la vida. Pero, dado que la teoría crítica de la sociedad tiene que mostrar la ambivalencia de las tendencias contrapuestas de racionalización social, Habermas tuvo que compensar la perspectiva analítica y la dimensión política del argumento general con una atención más decidida hacia las posibilidades de la contención democrática de la dinámica sistémica. El propio arsenal teórico de la *TkH* abre la perspectiva analítica y la

⁶⁷ Habermas, 1985b, pp. 158 / 1987, pp. 130. Véase también Habermas, 1986, p. 392-393 y 1985b, p. 255 / 1989, pp. 221-222.

⁶⁸ Habermas, 1985b, p. 160 / 1987, p. 132 y 1985, p. 423 / 1989, pp. 430-431. En otro lugar, Habermas (1985b, pp. 246-247 / 1987, p. 213) habla incluso de "agresividad disciplinada". Por otro lado, también sostiene que es posible ese tipo de influencia indirecta y presión democratizadora 'estimulante' sobre los subsistemas debido a la propia dinámica de éstos, esto es, porque ambos subsistemas sólo son "inmunes a las tentativas de intervención en el sentido de acciones *inmediatas*", pero no pueden dejar de ser "sensibles a los estímulos que se orientan a un aumento de su capacidad de autorreflexión, es decir, a la sensibilidad para las reacciones del entorno hacia las actividades propias de ellos".

dimensión política para una revalorización de los espacios autónomos de la esfera pública postradicional.

El nuevo modelo del conflicto de límites pone en perspectiva la alteración del sistema político y la creciente intervención sobre el sistema económico. La unilateralidad de *TkH* se compensa así con esta revalorización de la esfera pública, caracterizada como el medio donde la sociedad puede tomar distancia crítica con respecto de sí misma, reaccionar a sus percepciones de crisis y rectificar las condiciones del funcionamiento de los subsistemas. Además de perfilar sus anclajes institucionales por referencia al carácter asociativo de los NMS, las funciones políticas de la esfera pública como medio de la autorreflexión de la sociedad quedan moldeadas por la política dual de resistencia ofensiva, por la influencia indirecta y presión democratizadora sobre los subsistemas. Este planteamiento comporta, de hecho, la superación del marxismo por un programa de democracia radical⁶⁹. La pluralidad de foros de la esfera pública sustituye a la idea de una totalidad social entendida como un sujeto de orden superior con un centro reflexivo y un sistema ejecutivo. El marxismo confiaba en que la sociedad desarrolla un saber sobre sí misma y puede actuar sobre sí misma. En tanto que intersubjetividades de orden superior de los procesos de formación de la opinión y la voluntad, los foros de la esferas públicas aspiran a tramitar el saber reflexivo de la sociedad en conjunto y a ejercer una limitada capacidad de intervención sobre la sociedad, pero no representan la autoconciencia de un sujeto de orden superior ni satisfacen los criterios de la praxis revolucionaria. La teoría política que Habermas elabora en obras posteriores, y en especial durante los años noventa, desarrolla esta consideración normativa de la esfera pública que se mide desde dentro del Estado democrático de derecho y que asume la autocontención en sus capacidades de acción en tanto se reacopla con el sistema político

⁶⁹ De nuevo, Habermas, 1985, pp. 415-425 / 1989, pp. 422-433.

Bibliografía

- Berger, Johannes (1986); «Die Versprachlichung des Sakralen und die Entsprachlichung der Ökonomie», en en Honneth, Axel; Joas, Hans (Hrsg.) (1986); *Kommunikatives Handeln. Beiträge zu Jürgen Habermas' "Theorie des kommunikativen Handelns"*, Fráncfort, Suhrkamp, pp. 255-77.
- Cohen, Jean L.; Arato, Andrew (1992); *Civil Society and Political Theory*, Cambridge, MIT Press.
- Giddens, Anthony (1985); «Reason without revolution? Habermas's *Theorie des kommunikativen Handelns*», en Bernstein, Richard (ed.) (1985); *Habermas and Modernity*, Cambridge, Polity Press, pp. 95-121.
- Habermas, Jürgen (1962), *Strukturwandel der Öffentlichkeit. Untersuchungen zu einer Kategorie der bürgerlichen Gesellschaft. Mit einem Vorwort zur Neuauflage 1990*, Fráncfort, Suhrkamp, 1990. / Traducción: *Historia y crítica de la opinión pública. La transformación estructural de la vida pública*, Barcelona, Gustavo Gili, 1994.
- Habermas, Jürgen (1981), *Theorie des kommunikativen Handelns. Band I: Handlungsrationalität und gesellschaftliche Rationalisierung; Band II: Zur Kritik der funktionalistischen Vernunft*, Fráncfort, Suhrkamp, 1981. / Traducción: *Teoría de la acción comunicativa*, 2 vols., Madrid, Taurus, 1987.
- Habermas, Jürgen (1981b), *Philosophisch-politische Profile*, Fráncfort, Suhrkamp. / Traducción: *Perfiles filosófico-políticos*, Madrid, Taurus, 1986.
- Habermas, Jürgen (1981c), *Kleine Politische Schriften I-IV*, Fráncfort, Suhrkamp.
- Habermas, Jürgen (1984), *Vorstudien und Ergänzungen zur Theorie des kommunikativen Handelns*, Fráncfort, Suhrkamp. Traducción: *Teoría de la acción comunicativa: complementos y estudios previos*, Cátedra, Madrid, 1989.
- Habermas, Jürgen (1985), *Der philosophische Diskurs der Moderne. Zwölf Vorlesungen*, Fráncfort, Suhrkamp. / Traducción: *El discurso filosófico de la modernidad*, Madrid, Taurus, 1989.
- Habermas, Jürgen (1985b), *Die Neue Unübersichtlichkeit. Kleine Politische Schriften V*, Fráncfort, Suhrkamp. / Traducción (parcial): *Ensayos políticos*, Barcelona, Península, 1987.
- Habermas, Jürgen (1985c), *Moralbewußtsein und kommunikatives Handeln*, Fráncfort, Suhrkamp. / Traducción: *Conciencia moral y acción comunicativa*, Barcelona, Península, 1985.
- Habermas, Jürgen (1986), «Entgegnung», en Honneth, Axel; Joas, Hans (Hrsg.); *Kommunikatives Handeln. Beiträge zu Jürgen Habermas' "Theorie des kommunikativen Handelns"*, Fráncfort, Suhrkamp, pp. 327-405.
- Habermas, Jürgen (1987), *Eine Art Schadensabwicklung. Kleine Politische Schriften VI*, Fráncfort, Suhrkamp.
- Habermas, Jürgen (1988), *Nachmetaphysisches Denken. Philosophische Aufsätze*, Fráncfort, Suhrkamp. / Traducción: *Pensamiento Postmetafísico*, Madrid, Taurus, 1990.
- Habermas, Jürgen (1990), *Die nachholende Revolution. Kleine politische Schriften VII*, Fráncfort, Suhrkamp. / Traducción: *La necesidad de revisión de la izquierda*, Madrid, Tecnos, 1991.
- Habermas, Jürgen (1990b), *Vergangenheit als Zukunft*, Zürich, Pendo-Verlag.
- Habermas, Jürgen (1991), *Texte und Kontexte*, Fráncfort, Suhrkamp. / Traducción: *Textos y Contextos*, Ariel, Barcelona, 1996.
- Habermas, Jürgen (1994), *Faktizität und Geltung. Beiträge zur Diskurstheorie des Rechts und des demokratischen Rechtsstaats*, Frankfurt, Suhrkamp. / Traducción: *Facticidad y validez*, Madrid, Trotta, 1998.
- Habermas, Jürgen (1995), *Die Normalität einer Berliner Republik. Kleine politische Schriften VIII*, Fráncfort, Suhrkamp. / Traducción: *Más allá del Estado nacional*, Madrid, Trotta, 1997.
- Inglehart, Ronald (1977), *The Silent Revolution: Changing Values and Political Styles Among Western Publics*, Princeton, Princeton University Press.
- Offe, Claus (1972); *Strukturprobleme des kapitalistischen Staates*, Fráncfort, Suhrkamp

- Offe, Claus (1979); «Unregierbarkeit», en Habermas, Jürgen (Hrsg.); *Stichworte zur geistigen Situation der Zeit. Band 1: Nation und Republik*, Fráncfort, Suhrkamp, 294-318.
- Offe, Claus (1984); *Contradictions of the Welfare State*, London, Hutchinson.
- Wellmer, Albrecht (1993); *Endspiele: Die Unversöhnliche Moderne. Essays und Vorträge*, Fráncfort, Suhrkamp. / Traducción: *Finales de partida: la modernidad irreconciliable*, Madrid, Cátedra, 1996.
- Wiggershaus, Rolf (1986); *Die Frankfurter Schule. Geschichte, theoretische Entwicklung, Politische Bedeutung*, Munich / Viena, Carl Hanser Verlag.